



Mercedes Escobar y Kirkpatrick, hija segunda de los marqueses de Valdeiglesias, es la dulzura, la delicadeza, la espiritualidad. En la serenidad de su rostro,—evocador de antepasados escoceses,—se refleja la limpidez de su alma; de una niña de mujer que entra en la vida, sin que de sus ojos apenas hayan desaparecido los resplandores de la infancia

Foto. Prast.

Año IV.—Núm. 95
15 Junio 1923.

LA VIDA MADRILEÑA

Banquete en casa de los Sres. de Alba.

El ministro de Estado y la señora de Alba están correspondiendo con una serie de comidas a los agasajos que han recibido de los diplomáticos extranjeros y de ilustres personas de la Sociedad madrileña.

Al primero de estos banquetes asistieron, con los dueños de la casa, el embajador de Inglaterra y lady Howard, el de Bélgica y la baronesa y Mlle. de Borchgrave, el ministro de Holanda, señor Melvill; el de Polonia y la condesa Orlowska, el Príncipe de Ligne, el embajador de España en el Quirinal, señor Reinoso; el subsecretario de Estado y la señora de Palacios, y la señorita Enriqueta Alba, hija del ministro de Estado.

Realzaba la belleza de la señora de Alba una primorosa «toilette» estilo bizantino, de crespón blanco bordado en oro y pendientes y collar de perlas; las demás señoras acudieron con elegantes trajes, y los caballeros con bandas y cruces. La comida fué servida con gran esmero, y la mesa, con sobria distinción, estaba iluminada por candelabros de plata.

La casa de los señores de Alba no está completamente terminada de decorar, pero aun faltando algunos detalles, revela la cultura y sentimiento artístico de la dama que la ha dirigido.

Es una casa netamente española, donde no hay nada que no sea auténtico; así los artonados de la mayor parte de los salones; todas las puertas, talladas en nogal; el vestíbulo, que dijérase de un viejo monasterio castellano; la escalera de roble, en cuyo arranque yérguese una imagen bizantina; la chimenea del despacho, labrada en piedra gris por el cincel de Berruguete...

En todos los salones hay muebles severos de nogal tallado, antiguos retablos, tallas policromadas, notables piezas de cerámica.

En el salón, un precioso lienzo de Pablo de Voss, el célebre pintor flamenco, discípulo del famoso Snyder, con quien compitió en la reproducción de escenas de caza; en el salón grande, dos cuadros de Sánchez Coello y uno de Pantoja, los dos prodigiosos artistas que retrataron a los Príncipes y Princesas de la Casa de Austria, y en un saloncito cercano, un Lawrence, con toda la elegancia que supo imprimir a sus retratos de mujeres el discípulo de Reynolds, cuyo estudio visitaron las hermosuras inglesas del siglo XVIII.

Los señores de Alba hicieron los honores a sus invitados con la amabilidad y buen tono que les han conquistado tantas simpatías en la sociedad madrileña y en el Cuerpo diplomático extranjero.

Fiesta en la residencia de la marquesa de Salinas.

Brillante fué la fiesta celebrada en casa de la marquesa de Salinas, con la asistencia de la Infanta Doña Isabel.

Cuando la augusta señora llegó, acompañada por su dama, la señorita Juana Bertrán de Lis, estaban todos los salones ocupados por aristocrática concurrencia. Recibieron a Su Alteza la marquesa de Salinas, sus hijos los barones del Castillo de Chirel y sus nietos el barón de Benedrich y las señoritas de Muguero, caía día más bonitas y atrayentes.

En el nuevo comedor, un salón espléndido y primorosamente decorado, se sirvió magnífica merienda a la Infanta, con quien se sentaron en torno de la mesa adornada con flores, varias damas de la Reina y algunas personalidades pertenecientes al Cuerpo diplomático extranjero. Entre éstas recordamos a la embajadora y la consejera de la Embajada de Alemania, baronesa Langwerth von Simmern, y princesa Erbach; embajador de Francia y madame Defrance, con su hermana mademoiselle Caparole, y embajadora de Bélgica, baronesa Borchgrave, con su encantadora hija.

También asistieron las duquesas de Pinoher-

moso, San Pedro de Galatino, Vistahermosa, Sueca, Terranova, Soma, Valencia, Vega, Santa Elena, Lécera, Unión de Cuba y Tovar, marquesas de Santo Domingo, Pidal, Villadarias, viuda de Albaserrada, Balboa, Villanueva de Valdeza, Torralba, Ceballos Carvajal, Casa Puente, Benicarló, que recibía muchas felicitaciones por el brillante éxito de la fiesta dada en honor de los Reyes en su palacio de Valencia, Sancha, Santa María de Silvela, Frontera, Santa Cruz de Rivadulla, Puebla de Rocamora, Acapulco, Valdeiglesias, Villatoya, Cortina, Castromonte, viuda de Medina.

Condesa de Casa Valencia, Paredes de Nava, Ruidoms, Caudilla, Llano de San Javier, Cartayna, viuda de Peña Ramiro, Castilleja de Guzmán y Torre de Cela; vizcondesas de Eza y de Cuba; baronesas del Castillo de Genovés, Casa Davalillo y de la Torre, y señoras y señoritas de Borbón y d'Ast, Margot Bertrán de Lis, Carvajal y Colón, Semprún, San Millán, Sancha, Silva y Mitjans, Fernández de Henestrosa, Argüelles, Narváez, Barroeta y Manuel de Villena, Comyn, Sueca, Escobar y Kirkpatrick, Muguero Areces, Marichalar, Villatoya, G. Loygorry, Artega, Campo Giro, Falguera, Marín y Barranco,

Collantes, Martínez de Irujo, Haro, Pérez Seoane, Pérez del Pulgar, Peralta y Muguero, Roda de la Torre, Gordón Warhouse, Queralt y L. Nieulant, Cárdenas, Jura Real, Caudilla, Moreno Osorio, Santa Cristina, Unión de Cuba, Navarro, Portilla, Rábago, Mora, Bauer (D. Ignacio), Villapeceñin, viuda de Cavanillas, Landecho, Collantes, Díaz de Rivera, Avial (D. Alejandro), Lázaro Galdiano y Garay. Entre las recién presentadas a sociedad estaban María del Carmen Mortera, tan bonita como su hermana Gabriela; Constanza Mora y Maura, también preciosa, y Carmen Alóe y Lloréns.

La gente joven invadió el gran salón de baile, y la animación no decayó en toda la tarde.

Su Alteza salió muy satisfecha, haciendo grandes elogios de la casa, y la marquesa con sus hijas y nietas, atendieron y obsequiaron a sus amigos con exquisita amabilidad.

Reuniones aristocráticas.

En la elegante residencia de los marqueses de Valdeterrazo, se ha celebrado un agradable almuerzo, al que asistieron nuestro embajador en el Quirinal, señor Reinoso; la vizcondesa de la Alborada y su encantadora hija; el director de la Academia de la Historia, marqués de Laurencín, y el laureado pintor D. Manuel Benedito.

Los señores de Hernández Usera han ofrecido en su elegante residencia de la calle del Pinar, una comida en honor del senador norteamericano Mr. Hiran W. Johnson, quien, con su esposa, vino a Madrid, después de un viaje por Europa.

Con ellos y con los dueños de la casa se sentaron a la mesa las señoritas de Fernández de Liencres y de Gomar, el embajador de los Estados Unidos Mr. Alexandre P. Moore; el presidente del Senado, conde de Romanones; el marqués de Valdeiglesias y el director de *El Imparcial*, Sr. Gasset.

Mister Johnson, que es uno de los oradores más prestigiosos de Norteamérica, en cuyo Senado representa al Estado de California no ha querido regresar a su país sin visitar el nuestro, pues tiene el propósito de contribuir a la intensificación de relaciones entre los Estados Unidos y España.

La condesa viuda de Casa Valencia, obsequió la otra tarde a sus amigos con un espléndido te, que tuvo, como nota de arte, el encanto de una notable concierto, por la admirable artista rusa Dagmara Renina. Concurrieron a la reunión las duquesas de Tovar y Vistahermosa; marquesas de la Romana, viuda de Medina. Figueroa, Musey, Villanueva de Valdeza, Villatoya, Santo Domingo, Aguila Real, Balboa, Guevara, San Carlos de Pedroso, Mont Roig y Mortara; Condesas de la Maza, Villamonte, Paredes de Nava, viuda de Esteban, Buena Esperanza, Real Aprecio, Serramagna, Benomar, Castilleja de Guzmán, Bulnes, viuda de Campo Giro y Mendoza Cortina, y baronesa de Sastrústegui, y señoras y señoritas de Muguero, Ruata, Bascaran, Alvarez de Toledo y Mencos, Maroto, Villapeceñin, Landecho, Padilla y Bell, Crespi de Valldaura, Pérez del Pulgar, Dorado, Roda (don José), Lacot, Soriano, Cárdenas, Rodríguez de Rivas, Caballero y Echagüe, Covarrubias, Matos (don Leopoldo), Aguilar y Gómez Acebo, García Loygorri, Sastrústegui, Gordón, Mendivil (don Manuel), Martínez de Irujo y Caro, Moreno y Osorio, Silvela (don Jorge), Alonso Gaviria, Mendoza y Aguirre y Figueroa y Bermejillo.



La distinguida escritora doña María Luisa Madrona de Alfonso, perteneciente a ilustre familia cubana, que, como saben nuestros lectores, favorece a VIDA ARISTOCRÁTICA frecuentemente con su notable colaboración. Y buena prueba de esto es la siguiente composición que nos envía:

FLORES DE MAYO

De Mayo es el mes, hermoso está el día,
Color de turquesa el cielo español,
Lo mismo que el manto que lleva María,
Color de turquesa con rayos de sol.

Las niñas al prado van a cortar flores.
Las niñas Cristianas, almas candorosas,
Y en cestas colocan luego las mejores,
Nardos, azucenas, jazmines y rosas.

El astro declina, se esfuma el paisaje,
Las gradas del atrio se ve que florecen;
Son niñas ornadas con albo ropaje
Que entrando en el templo palomas parecen.

Y allí ante la Excelsa elevan su canto,
Ofrendan sus flores con fe y con anhelo,
Al verlas los padres contienen el llanto,
Los ángeles mientras sonríen en el cielo.

La fiesta termina; volviendo al hogar,
Nimbadas las niñas por rayos de luna,
Revibra en sus labios el dulce cantar
Que entonan piadosas y todas a una.

Radiantes de luz brillan las estrellas
Mientras que las voces en la lejanía
Repiten la estrofa que aprendieron ellas:
«Venid y llevemos flores a María».

M.^{ta} LUISA MADRONA DE ALFONSO.

CURIOSIDADES DEL VATICANO

LA MISIÓN DEL CARDENAL GASPARRI

ROMA, JUNIO: Estar en Roma y no visitar el Vaticano es tanto como estar despierto y no abrir los ojos. En esta ciudad admirable, cuyas bellezas extraordinarias han sido cantadas en todos los idiomas, es, para un católico, una verdadera obligación acudir al Palacio del Papa.

También de este Palacio se han referido mil pormenores que figuran en centenares de obras; por eso, para buscar algo nuevo que pueda interesar a los lectores de esa Revista, he querido fijarme en algo especial, que creo puede ser curioso.

Para nadie es un secreto que la figura del Cardenal Secretario es en el Vaticano la más importante, después de la del Sumo Pontífice. El Cardenal Gasparri ha sabido continuar en este puesto las tradiciones de sus ilustres antecesores los Cardenales Rampolla y Merry del Val, en lo que a la dignidad y respetabilidad del cargo se refiere.

Siempre, desde su origen, ha tenido éste gran importancia. El primer Secretario de Estado que menciona la Historia de la Iglesia es el Cardenal Carlos Borromeo, sobrino de Pío IV, quien recibió dicho título en 1560. Aseguran varios historiadores que ese ministerio fué instituido con objeto de reformar la costumbre que autorizaba a los Papas a delegar parte de sus poderes temporales en individuos de sus familias, una vez que el favorecido alcanzaba la púrpura cardenalicia. Esta hipótesis parece confirmarla el hecho de que los Cardenales secretarios de Estado denomináronse mucho tiempo «Cardenales-patronos» o «Cardenales-obrinos».

En cuanto a las circunstancias que debían reunir, encontramoslas enumeradas en las Instrucciones de Sixto V a su sobrino Montalto. Dicho documento, que fué publicado en 1602, dice así textualmente:

«La dignidad de Cardenal aparece más alta cuando la ostentan personas unidas al Pontífice por lazos de parentesco, pues por razón del mismo deseo de elevarlas hasta sí, y también por razón de la confianza que les otorga con preferencia a los demás, conocen los asuntos más importantes de la Santa Sede. Por su mediación puede saber fácilmente el Papa las aspiraciones y necesidades de la cristiandad, puesto que los Nuncios y otros ministros de la Santa Sede les dirigen sus comunicaciones. Por su mediación se confieren los empleos y beneficios eclesiásticos. Por ellos manifiesta el Papa sus pensamientos y distribuye sus favores.»

Sixto V indica más adelante que «los sobrinos del Papa deben ejecutar, con la mayor rectitud, el siguiente programa: elegir escrupulosamente sus amigos, sus clientes y sus auxiliares; desconfiar de los indiscretos y de los desleales, *raza pestilente de servidores*; amalgamar la energía y la dulzura; medir sus palabras; conceder fácilmente audiencias; sobre todo a las mujeres, a los religiosos y a los malhechores; hacer justicia siempre, sin dar oídos a la recomendación; advertir al Papa cuando éste vaya a adoptar alguna decisión injusta.»

Como se observará por lo anteriormente transcrito, en sus comienzos el Secretario de Estado reunía a su carácter de deudo del Pontífice, el de coadjutor y confidente.

Poco a poco empieza a sufrir una transformación. Razones políticas o de fuerza mayor hacen del Secretario de Estado un alto personaje oficial, un funcionario administrativo, con un verdadero ejército de empleados a

sus órdenes. El antiguo «Cardenal-patrono» va desapareciendo gradualmente hasta el año 1692, en que Inocencio XII abroga la costumbre de que los Papas asocien sus sobrinos al poder.

En esta época es cuando da principio la serie de Secretario de Estado, propiamente dicho, con arreglo al sentido exacto de la fórmula que define el cargo, y que es: «Secretario de Estado para los negocios públicos; primer ministro y órgano soberano del Papa; príncipe de los bienes temporales de la Santa Sede.»

El primer efecto de la creación del Secretario de Estado fué el quebrantar considerablemente la importancia política del camarlengo, quien hasta entonces había desempeñado un papel de primer orden en el gobierno temporal de la Iglesia, y que, a partir de ese instante, se veía desposeído de todas las atribuciones confiadas al Secretario de Estado.

Consecuencia necesaria de lo anterior fué la rivalidad entre los camarlengos y los secretarios de Estado, siendo la más famosa la que existió en el pontificado de Pío VII entre el camarlengo Pacca y el Secretario Consalvi.

Con objeto de poner término a disensiones perennes, adoptó Gregorio XVI el partido de despojar al Sacro Colegio, empezando por el camarlengo, de todas sus prerrogativas políticas y de crear un segundo secretario de Estado para los negocios interiores.

Esta función fué suprimida en 1870, cuando los negocios interiores quedaron reducidos a la administración del Vaticano.

En la actualidad, el Cardenal Secretario de Estado tiene a su cargo, especialmente, las relaciones entre la Santa Sede y los Gobiernos extranjeros, sin que esto impida que pasen por sus manos los asuntos más importantes de la curia. El cargo impone al Secretario de Estado trabajos determinados y precisos; el puesto le permite la más ilimitada ingerencia. Con arreglo al primero, el Secretario no es otra cosa que el director de la diplomacia pontificia; en virtud del segundo, es el *alter ego* del Papa, asociado de continuo a todas sus preocupaciones, aunque éstas nada tengan que ver con la diplomacia.

Dos veces por semana (martes y viernes) el Secretario de Estado recibe en audiencia particular a cada uno de los embajadores acreditados cerca de la Santa Sede. Esta es la principal atribución oficial del Secretario, siendo la secundaria el corresponder directamente con los Nuncios, a los que envía instrucciones y de quienes recibe informes.

El Papa celebra todos los días, a primera hora, una detenida conferencia con el Secretario de Estado. Por lo general, las entrevistas están dedicadas a estudiar la orientación del gobierno de la Iglesia. Las ocupaciones cotidianas del Secretario de Estado consisten luego en ejecutar las órdenes del Pontífice, con arreglo a los acuerdos de la entrevista matinal, y en ir preparando el trabajo del día inmediato. Por la tarde, a la hora del *Angelus*, el Secretario concede audiencia a todo visitante que desee comunicarle alguna información cuyo conocimiento pueda ser útil al Papa.

Antes de 1870 se hallaban instaladas en el Quirinal las oficinas de la Secretaría de Estado. Al ocupar el Gobierno italiano la citada residencia, fueron trasladadas al Vaticano, proporcionándoseles digno alojamiento la parte del Palacio que se extiende desde el patio de los *Papagalli*, hasta el llamado del *Mariscal*.

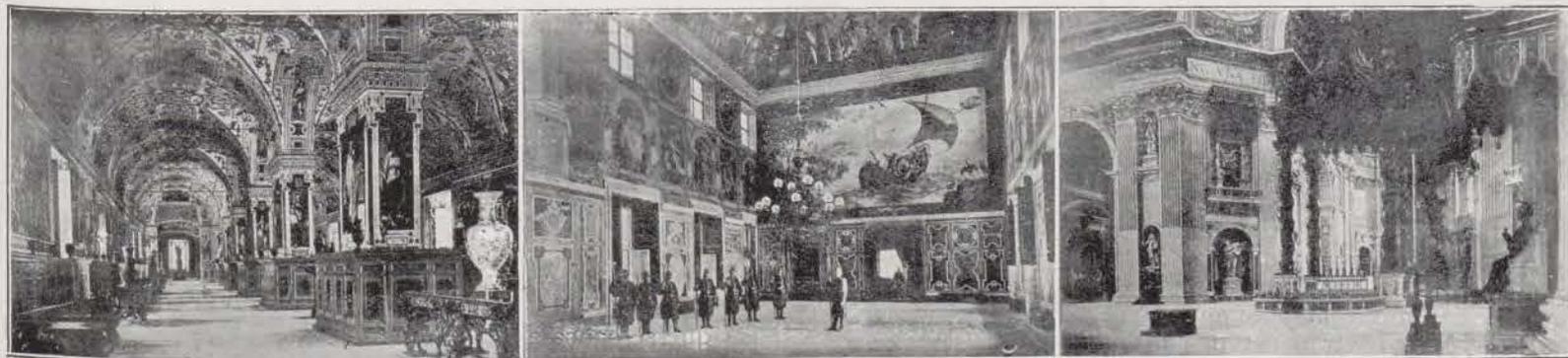
De las 21 habitaciones destinadas a la Secretaría de Estado, son las principales: el salón de recepciones, donde se verificó la histórica entrevista del Emperador Guillermo II y del Cardenal Rampolla, el despa-



Su Santidad Pío XI dando un paseo a pie por los jardines del Vaticano.



Famosa plaza de San Pedro, en Roma, considerada como una de las mayores del mundo.



Biblioteca del Vaticano, Sala Clementina e interior de la Basílica de San Pedro.



Capilla Sixtina: la «Sibila Delfica» por Miguel Angel.

cho del *sustituto*, la biblioteca y el archivo.

Mide esta última 120 metros cuadrados de superficie y ocho de elevación. En el muro del fondo hace saber una inscripción, coronada por el busto de Pío IX, que fué este Pontífice el que inició las obras del archivo, y que fueron terminadas el 16 de Julio de 1876.

Otras muchas curiosidades pudieran decirse del Vaticano, pero de tantas como sugiere una visita no sabemos a qué referirnos especialmente.

No he de ocultar, sin embargo, que la Capilla Sixtina produce un extraordinario efecto, tanto por las ceremonias que se sabe que allí se celebran como por las bellezas que la decoran. El genio de Miguel Angel se revela en toda su grandeza, tanto en su célebre fresco de «El juicio final» como en las pinturas del techo, consideradas como una de las mayores creaciones del arte. Como es sabido, este techo está como subdividido en nueve partes, que representan al Todopoderoso; la creación de los grandes astros destinados a iluminar el mundo; la producción de las diferentes especies de animales; la creación del hombre; la de la mujer; la tentación del demonio a Eva para que alcance el fruto prohibido; el sacrificio en acción de gracias, de Noé; el diluvio universal y la historia de Noé.



Capilla Sixtina: la «Sibila Eritrea», por Miguel Angel.

Como complemento de las pinturas del techo hay otras, también de Miguel Angel, no menos hermosas; los Profetas Jeremías, Ezequiel, Joel, Isaías, Daniel y Jonás; y las Sibilas Pérsica, Eritrea, Delfica, Libica y de Cumas. En los muros laterales de la Capilla hay preciosos frescos del Pinturicchio, Botticelli, Roselli, Signorelli, Perugino, Ghirlandajo, Salvati y Fiammingo.

Las pinturas de la Capilla son, con la espléndida decoración de «las estancias» de Rafael, las más bellas y valiosas del Vaticano.

Su contemplación subyuga y encanta. Tanto que luego, durante la visita a las mil maravillas artísticas de Roma, siempre le acompaña a uno la impresión producida por las grandes creaciones de Miguel Angel.

NUESTROS LIRICOS

PARA EL SEMBLANZAS

Mis delicias son estar con los hijos de los hombres. (Proverbios. VII, 31)

A Adolfo de Sandoval.

I

Tres jueves hay al año, de un divino encantó de misterio o de emoción... ¡Cual relumbran!... ¡Y cómo el corazón se embebe en su recuerdo, de continuo. ¡El dulce Jueves Santo!... ¡El pan y el vino de la Sagrada cena; la Pasión! El Jueves de la célica Ascensión, de un claror inefable y peregrino. Y el día del Señor!... Con salvas reales ¡trueno el cañón, solemne, fragoroso; luce el cielo, la tierra se decora; se enjoyelan aún más las catedrales... Y El pasa, bendiciente y amoroso, en la gran procesión conmovedora!

II

¡Rey de Reyes!... ¡Señor de los Señores! Inmensa Majestad, sacra y gloriosa. En el día de tu fiesta ¡tan hermosa!, yo quisiera ofrendarte mis loores. Mas no puedo. Me turban los fulgores de esa tu real presencia, portentosa; y me enajena, ¡oh Dios!, la esplendorosa, infinita piedad de tus amores. Y callo con silencio reverente, y adórote devoto, anonadado, en faz, de tan insignes maravillas; y al pasar junto a mí, solemnemente, en el áureo viril, transustanciado, ¡todo mi ser se pone de rodillas!

ADOLFO DE SANDOVAL

El gesto noble, la mirada altiva, como el que nada espera de este suelo; ansia de lo perfecto, dulce anhelo, que se consume en «llama de Amor viva».

Anima recia, a la traición esquiva, propicia al bien, enderezada al cielo; al de Asís y al poeta del Carmelo, ha encendido su lámpara votiva.

Las piedras de las viejas Catedrales le dictan libros bellos y cordiales, que ilustre apóstol de la Fe le han hecho; y hace de la virtud su bien amada este escritor, que tiene la mirada del «Caballero de la mano al pecho».

LUIS MARTIN Y GARCIA MARCOS

CANTARES

Pajarillo vocinglero que abandonaste tu nido, lo que hiciste con tus padres harán tus hijos contigo.

Pobre flor marchita de mi amor recuerdo; te riego con llanto soñando con verte florecer de nuevo.

El que más la vida goza es después el que más sufre, que se cansa en la pendiente quien más deprisa la sube.

CASILDA ANTON DEL OLMET

UN ACTO EMOCIONANTE

CONSTE que había jurado, amigo León Boyd, no volver a coger la pluma para escribirle a usted. La última jugada que me hizo no se la perdono. ¡Publicar una carta confidencial mía, como ésta, sin más ni más y sin pedirme siquiera permiso! Que no vuelva a ocurrir, ¿eh? No; que no pase más, porque soy capaz de publicar un suelto en los periódicos, diciendo: «El artículo, o lo que sea, publicado en tal revista, con tal título, no es de una «ex colegiala desenvuelta», sino de Fulanita de Tal, que no quiere dar su nombre aunque la asen.» Bueno he dicho lo contrario de lo que quería; pero usted bien que me ha entendido.

Conque... mucho ojo, porque es que ni le vuelvo a mirar a la cara ni le vuelvo a escribir.

Y eso que... ¡disfruto tanto contándole a usted mis impresiones! Y son tantas las impresiones de todo género que yo recibo al cabo del día. Por mi gusto tendría un taquígrafo—o una taquígrafa, no vaya usted a sonreírse ya—, para irle dictando todo lo que se me fuese ocurriendo. Sería una sarta de disparates, ya lo sé, pero entre tanta tontería, algo habría siempre que valdria la pena de leer.

¿Cómo no impresionarse, por ejemplo, con el espectáculo que presencié la otra tarde? Haría falta ser por completo insensible—tener en vez de corazón un adoquín—para no sentir una emoción, aunque sólo fuese desde el punto de vista estético, presenciando la procesión que, con asistencia de los Reyes, se celebró en el colegio de la Asunción, de la calle de Santa Isabel.

Fué la procesión de la Octava del Corpus y recorrió todo el jardín. ¡Y hacía un efecto tan grande el Santísimo llevado por el Procapellán Mayor de Palacio y escoltado por los Alabarderos, que habían montado la guardia de honor!

¿A usted qué le parecen los Alabarderos? ¿Verdad que, como tropa, es de lo más vistoso y decorativo que ha podido imaginarse? Este Real Cuerpo—¡qué frasecita!—no tiene, a mi modo de ver, más que un defecto: que su oficialidad no es de hombres jóvenes. O son soldados que han ascendido a tenientes o capitanes, o son ya comandantes del Ejército, cuando menos. En eso les aventajan los oficiales de la Escolta Real. Pero no hablemos de la Escolta Real... porque más vale no hablar. Se están poniendo muy tontos... ¡y conmigo, no!

Ibámos en que la procesión resultó preciosa. Asistieron a ella, no sólo todas las alumnas del Colegio, sino muchas ex colegialas, como yo. Y estuvo todo tan bien dispuesto y organizado, fué una manifestación de Fé tan grande y puso todo el mundo en ella tal cuidado y devoción, que el espectáculo resultó verdaderamente emocionante.

Me parece a mí que los Reyes tienen costumbre de ver cosas solemnes y brillantes. Sólo en los últimos meses han asistido a varios actos que pueden ser considerados como memorables.

Pues cuando terminó la procesión del Colegio, el Rey decía:

—Pocas ceremonias me han impresionado tanto como esta.

Y excuso decirle a usted lo satisfechas—mejor dicho, lo anchas—que nos pusimos todas las alumnas y ex alumnas al oír frases tan laudatorias para nuestras buenisimas monjas.

Pero como la alegría jamás puede ser completa, un rumor, que pronto tuvo triste confirmación, vino a poner un velo de amargura en la

Y tenía razón. Matar a un hombre de ochenta años—sea el que sea—por la espalda, es algo que entra ya en las regiones del salvajismo más primitivo.

Y ya ve usted para lo que les ha servido el crimen. Al Cardenal le sustituirá otro Prelado ilustre que continuará su obra, y ellos llevarán ya toda la vida sobre su conciencia el remordimiento por el terrible delito.

Cuando éstos y otros comentarios hacíamos en Santa Isabel, ¡quién nos había de decir que días después, otro sabio Purpurado, el Cardenal Reig, iba a ver también en grave peligro su vida! Nada le pasó, sin embargo, gracias a Dios. Cuando volvía de Roma, en el expreso de Barcelona a Valencia, chocó el tren con un mixto... Y ya sabe usted las víctimas que hubo. El Prelado salió ileso y se consagró inmediatamente a auxiliar a los heridos. Realizó entonces una labor admirable, pues no sólo auxilió espiritualmente a los más graves, sino que tomó parte principalísima en los socorros materiales.

Me figuro que todo esto lo sabe usted mejor que yo, pero como son reflexiones que me sugiere el recuerdo de la fiesta religiosa de la otra tarde, yo las escribo, porque ya le he dicho antes que encuentro un placer especial en poder comunicarme con alguien que, por lo menos, no se burle de mis sensiblerías.

Ya vé: antes me tenían por alocada y ahora dicen que soy una sensiblera. El médico dice que «todo es hijo de un desequilibrio nervioso». Y mi ama—porque todavía está en casa mi ama, a quien yo llamo *chacha*—afirma muy convencida que es que soy una *pampli*.

Pampli o no, creo que tengo razón en muchas cosas que digo.

¿Qué inconveniente hay, por ejemplo, en que yo, que soy una muchacha formal, que sé darme a respetar y tengo, sobre todo, sentido común, salga a la calle sola, lo mismo por las mañanas que por las tardes? Pues mis padres están empeñados en que salga con una señora de compañía. ¿Es que con esta señora de compañía iré mejor guardada? ¿Que no me dieran a mí más trabajo que el de querer jugar una trastada a esta pobre señora!

Claro que no pienso hacerlo y que me avendré—¡no faltaba más!—a lo que me mandan, mucho más teniendo en cuenta que la razón principal es

que mi madre, por su desgracia, lleva unos meses sin poder moverse. Pero en el caso de otras muchas jóvenes, ¿no es tremendo que salgan con señoras de compañía, pudiendo y debiendo salir con sus madres? Creo yo que esto no es ninguna extravagancia.

Yo seré la primera que haga las cosas mal, no lo niego, pero eso no quita para que reconozca mi falta y para que tenga razón en lo que ahora digo.

Y no le canso más. Perdóne, amigo Casal, el latazo, y ya sabe que en cuanto lea esta carta, ¡al fuego con ella!

UNA EX COLEGIALA DESENVUELTA



Después de la Coronación de la Virgen de los Desamparados—acto de intensa emoción para el ilustre Purpurado—, el Cardenal don Enrique Reig y Casanova hubo de marchar a Roma para recibir el capelo de manos del Sumo Pontífice. Ahora viene a ocupar el Arzobispado de Toledo, Sede primada de España. Le traen sus méritos y sus virtudes. Desde la jefatura de la Iglesia española su obra será, sin duda, importantísima. No otra cosa esperamos de él los católicos fervorosos que conocemos sus excepcionales dotes de inteligencia y de bondad.

fiesta; el cardenal Soldevila, el venerable arzobispo de Zaragoza, acababa de ser asesinado. El plomo asesino había cortado instantáneamente la vida del varón ejemplar que durante muchísimos años realizó en la diócesis de la *Pilarica* una labor social por todos conceptos admirable.

Los primeros momentos fueron de sorpresa; luego, de indignación. Sin embargo, la palabra de un sacerdote, que hablaba en un grupo, serenó algo los espíritus:

—Feliz él que, en un segundo, sin darse cuenta siquiera, se ha encontrado en presencia de Dios. Y desgraciados los criminales a quienes no tembló la mano para cometer su cobarde agresión,

DE VIAJE POR ANDALUCÍA

JAÉN Y SUS MONUMENTOS

Con las amables memorias que conservamos de nuestra visita a Jaén, etapa de un viaje sentimental alrededor de Andalucía, se mezcla dolorosamente el recuerdo ingrato de una tragedia grotesca. Evocando la buena memoria de Baltasar de Alcázar, pudiéramos escribir, parodiándole torpemente: «En Jaén, donde he vivido—junto a *Don Lope de Sosa*, ocurrióme, Inés, la cosa—más brava que tú has oído... Y fué ello que estuvimos a punto de saldar todas nuestras cuentas con este pícaro mundo, reventando de un «orsequio»; como nuestro famoso paisano *Lentejica*. No



Fachada principal de la Catedral, notable obra de Pedro de Valdevira.

hemos de molestarte, lector, con la historia, que puede sintetizarse en cuatro notas telegráficas. Un banquete pantagruélico y familiar; unas cacerolas de cobre, con su poquito de óxido para no privarse de nada; una merluza veterana y servida en plena canícula, después de un día de viaje, a los tres de pescada en aguas de Málaga; y la *vertigal*... El envenenamiento consiguiente; una noche de tragedia, en la que varias víctimas propiciatorias vagan como almas en pena, amenazadas de emprender el último viaje de turismo, y la resurrección luego, por obra de milagro. La cara de Dios, que se venera en Jaén, debió obrar el providencial salvamento, sacándonos de la barca de Caronte... ¡Oh, manes de Brillat Savarin y de *Lentejica*!... Desde entonces tenemos jurado no aceptar agasajo, ni cosa que se le parezca, en estas nuestras andanzas de turista...

Y, sin embargo... Las ingratas remembranzas de esta tragedia grotesca, no han sido bastante poderosas para borrar, ni aun atenuar siquiera, las bellas impresiones de nuestra visita a Jaén. ¿Qué culpa tiene la ciudad bien amada de San Fernando de nuestro abortado drama «guignolesco»? La especial fisonomía que ofrecen todas las poblaciones de ésta que, con justicia, llamaron «tierra de María Santísima», alcanza en Jaén el máximo relivé de su gracia y belleza. Es una ciudad netamente andaluza, clara y alegre, sin adulteraciones de modernismos y casi sin recuerdos, ni aun vestigios, de sus tiempos primitivos. Y eso que en punto a abolengo, puede rivalizar la antigua «Auringi» con las más venerables capitales españolas, ya que, según sus historiadores, entre los cuales figura el simpático alcalde de Madrid, D. Joaquín Ruiz Jiménez, la conocieron y dominaron los romanos, y antes los cartagineses, quienes, en su turno respectivo, la disputaron con apasionamiento, por ser ya entonces una ciudad importante y de alto valor estratégico.

No es fastuosa como Sevilla, ni tan rica como Málaga, ni tan artística como Granada. Mas por sencilla, laboriosa y modesta, es acaso más simpática y atractiva esta noble matrona labradora, que cultiva con amor sus campos y olivares y contribuye con no despreciable rendimiento al acervo de la riqueza nacional. También contribuyó a las glorias patrias con



Altar mayor y retablo de la Catedral.

honrosos blasones de heroísmo, en los siglos medios, siendo en las guerras de la Reconquista baluarte y avanzada de Castilla. Por algo ostenta en sus ejecutorias títulos tan enaltecidos como los de «Muy noble, muy leal y excelentísima ciudad, guarda y defensa de los reinos de Castilla», y por algo también mereció tan alta estima del Rey Don Fernando III *el Santo*, que la arrancó del poder de los Monarcas granadinos.

Tendida sobre la falda del monte, replegándose a los costados de la grandiosa catedral, sus calles, estrechas y típicas, trepan difícilmente por los repechos de la montaña, buscando el aire y el sol. Son blancas y sencillas las casas, con lindos balcones cuajados de tiestos y flores las más de ellas; muchas con magníficos patios andaluces, que semejan jardines encantados a través de las entreabiertas cancelas. Los caseríos de los extremos, de bajas viviendas blanqueadas, son como barrios moriscos o de juderías. Desde la altura se dominan los extensos llanos, que corren al pie de las sierras de Jabalcuz y de Jaén; aquí, en bien labrados campos de trigo; allá, en frondosas huertas o en interminables olivares, los más ricos y jugosos de España, que son un admirable venero de riqueza.

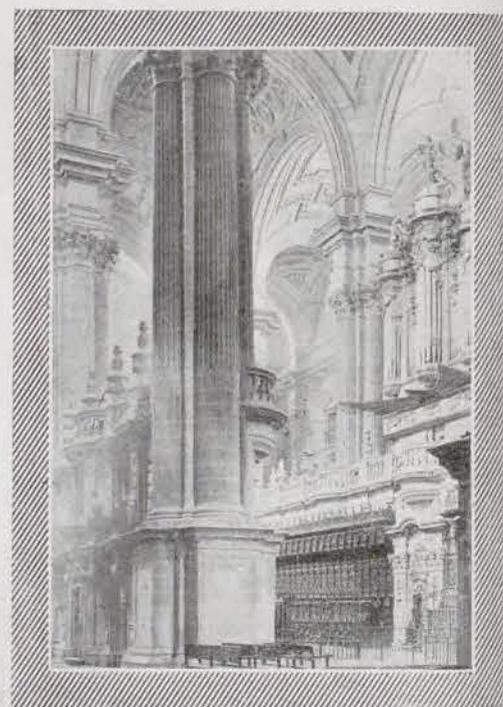
Pais de trabajo, de lucha y de sufrimiento, no tierra de placer, ha contribuido como el que más a destruir «la leyenda negra» de Andalucía, rehabilitando a su región. Porque eran sus pueblos alegres y decididos y rumbosos; porque iban al trabajo cantando y de la labor volvían con la copla en los labios, y porque eran nobles y tan generosos que daban

cuanto tenían, pensaron injustamente los que no los conocieron que eran holgazanes, imprevisores y manirroto. Y se ha visto luego que nadie dió a los campos obreros más tenaces, ni más sufridos, ni más dispuestos al sacrificio. Y no ha sido dable negar cómo en Sevilla y en Málaga y en Granada y en Cádiz florecían importantes industrias, movidas por inteligentísimos obreros, rivales de las de otras regiones. En esta bella obra de rehabilitación de Andalucía tomó honrosa parte la ciudad jaenense, que ya no se contenta con la labor de sus campos y la explotación de sus olivares, y crea industrias y fábricas que alcanzarán justas prosperidades.

Los trastornos de las viejas edades produjeron en la ciudad tan hondas transformaciones, que apenas quedan recuerdos de aquéllas. De la época de la dominación romana será dable encontrar vestigios en algunos restos de murallas y puertas, cual la de Martos, y en algunas lápidas de borrosas inscripciones, conservadas en el Museo Provincial. Cuéntase que en la parte alta de la urbe hubo unas termas romanas, las de Sempronia Fulvia, cercanas a un templo de Apolo, cuyos restos subsisten bajo dos modernas edificaciones; pero la comprobación no es fácil. De los tiempos del poderío árabe queda menos aún; ni restos de murallas, ni de mezquitas, ni del palacio, ni del alcázar, que los valies hicieron construir. Ni siquiera de la época de la Reconquista quedan huellas monumentales. Sábese que el Rey Santo hizo construir un templo, sobre las ruinas de una gran mezquita mora; un convento para monjas clarisas, y un palacio, en el cual murió, acaso, años después, el Rey Fernando IV; pero ni del uno ni de los otros quedan rastros.

Las auras modernas han sido menos eficaces para la transformación y mudanza de la ciudad. Su contextura y su carácter apenas han cambiado en nuestros tiempos. En los arrabales, la población se extiende lentamente; en el interior, que engalanan algún lindo paseo o jardín, como el de la Alameda, o el Paseo de Alfonso XIII, embellecido por el interesante monumento de Jacinto Higuera a las batallas de las Navas y Bailén; surge un edificio nuevo cuando el que ocupaba su solar cayó vencido por la pesadumbre de los años. En los alrededores hay panoramas bellísimos, como el del valle que riega el Guadalbullón, y cual las montañas y los jardines de Jabalcuz, donde se encuentra el balneario, de aguas termales, que lleva este nombre... Y en esta quietud y en este sosiego, sin trastornos ni mudanzas, tendida al sol sobre la falda del cerro del Castillo, la ciudad desliza tranquilamente su vida, entre nobles afanes y trabajos, ni envidiosa, ni envidiada...

Como admirable recuerdo monumental de otras edades, se levanta sobre la cumbre de la montaña, ocupando enorme extensión cercada, el alcázar o castillo que hizo construir en el siglo XIII el Santo Monarca Don Fernando, y que fué invencible baluarte de Jaén y de Castilla contra las incursiones de los árabes. Es una fábrica importante, concepción grandio-



Vista interior de la Catedral de Jaén, de estilo grecorromano.

sa de la arquitectura militar, que lentamente se va desmoronando por la acción del tiempo. Las faldas del cerro aparecen sembradas de cascote, piedras desprendidas de las fuertes cercas, trozos de almenas y matacanes fragmentos venerables de los gentiles cubos y torreones.

Por casi toda la cumbre del cerro, formando una irregular elipse, se extiende la fuerte cerca de dorada piedra, rodeando el alcázar y bajando luego a unirse con la que fué muralla de la ciudad. De trecho en trecho, surgen cubos y torreones desmochados, y en el interior se adosan a ellos los cuarteles en ruina. Coronando la imponente fábrica, se levanta en uno de los lados la hermosa torre del Homenaje, de fuertes muros y amplias estancias, con bóvedas de crucería y ventanas ojivas. Otra torre semejante, pero de menores proporciones, se levanta cerca de aquélla y comunica con la vieja capilla del castillo, que estuvo bajo la advocación de Santa Catalina.

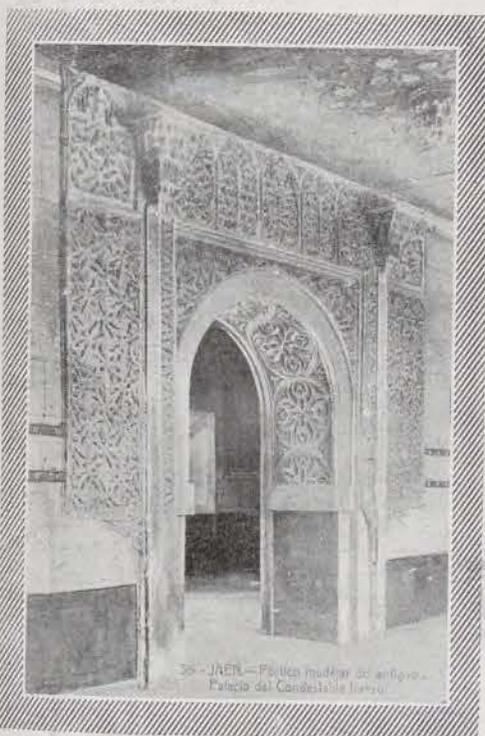
Modificada y adulterada constantemente en el curso de los tiempos la primitiva construcción, apenas quedan en ella vestigios del siglo XIII, como antes desaparecieron los de épocas anteriores. Porque es indudable que para el Alcázar de San Fernando se debieron aprovechar los restos de antiguos muros árabes, y aun de los romanos, que allí tendrían su ciudadela.

El ilustre Pi y Margall considera que el más puro recuerdo de la época de Fernando III es la capilla, en cuya fábrica se enlazan sin violencia las formas árabes con las góticas. Es de una sola nave, con cuatro capillas ojivas, y coronada en el crucero por una cúpula de forma elíptica; la portada es sencilla, y la forma un gran arco ultrasemicircular, encerrado en un recuadro.

Los templos de Jaén son escasos y de no gran mérito artístico. Del arte románico no se conserva ningún recuerdo, ni en iglesias ni en conventos. Los más antiguos de éstos de que se tiene memoria son el de las clarisas, que hizo fundar San Fernando; el de Santo Domingo, de la Orden

de Predicadores, a la que cedió aquel Soberano el palacio que fué de los Reyes moros, y el de la Orden de San Francisco, a la que Don Pedro el Cruel cedió el palacio de Fernando III. Pero de ninguno de los tres existe recuerdo material alguno. Las tres iglesias más interesantes son las de San Juan, la Magdalena y San Ildefonso, que reflejan el gusto gótico de la decadencia, mezclado luego con el plateresco, pero sin grandes detalles de primer artístico.

Las tres iglesias, restauradas modernamente, conservan pocos detalles del siglo XV; las de la Magdalena y San Juan, alguna ojiva en la fachada y alguna bóveda de complicada crucería. La más notable es la de San Ildefonso, situada en la plazuela de su nombre que conserva una curiosa puerta gótica y en el interior, de tres naves, sin crucero ni ábside, algunos bellos arcos y bóvedas, formando éstas estrellas y adornados unos y otras con finas molduras, formando éstas estrellas y adornados unos y otras con finas molduras,



Portada mudejar del antiguo palacio del Condestable Ibranzo.

Las otras dos portadas son grecorromanas, de buen efecto y muy bella una de ellas, adornada con un relieve que representa a la Virgen, revistiendo a San Ildefonso con los ornamentos episcopales. El retablo del altar mayor es notable; en los demás altares se encuentran estimables esculturas y cuadros.

El templo de la Magdalena, situado en la calle Maestra Alta, tiene una linda portada plateresca, flanqueada por dos elegantes pilastras, de fina labor, y adornada con medallones y un relieve. Junto a la iglesia hállase la casa rectoral, en cuyo patio, bello como un jardín, una gran alberca recibe las aguas de un rico manantial que nace en un solar de enfrente, cerrado con puerta de hierro. A este manantial va unida la tradición de un temible dragón, cocodrilo o lagarto, aparecido en él, que fué muerto por un fervoroso creyente. La piel de este dragón se conserva en la iglesia de San Ildefonso.

Algo parecido a lo de los templos ocurre con los edificios civiles, que pertenecen a épocas más cercanas. Entre los más interesantes figuran la casa de los condes de Villardopardo, de estilo ojival, con bellissimo patio morisco; la de la casa del obispo Suárez, el Saucedo, y el actual Palacio episcopal. Es bellissima la portada mudejar del llamado Palacio del Condestable, de prolijay fina labor. El Ayuntamiento está instalado en el antiguo palacio de los condes de Garcéz, y la Diputación provincial ocupa un moderno palacete, de elegantes líneas. El Instituto está en el gran edificio que fué casa de la Compañía de Jesús. Como nota curiosa, se ha de citar la «Casa de los MASONES», que se dice pertenece a la época romana.

El monumento más importante—no habría que decirlo—es la Catedral, que eleva su soberbia fábrica en la parte más alta y céntrica de la población. Contemplando una vista fotográfica de Jaén se observa un curioso efecto de perspectiva: más que una ciudad en la cual se levanta un gran templo, se nos antoja una Catedral, junto a la cual se construyeron unas

modestas barriadas. De tal modo se destacó la enorme mole, dominando toda la urbe. La construcción comenzó en el siglo XVI, y su traza fué debida al gran arquitecto Pedro de Valdevira, autor también de la bella iglesia de San Miguel, cuya portada, de orden corintio, adornada con la escultura de aquel arcángel, en lugar de honor, y otras figuras, es una verdadera obra de arte.

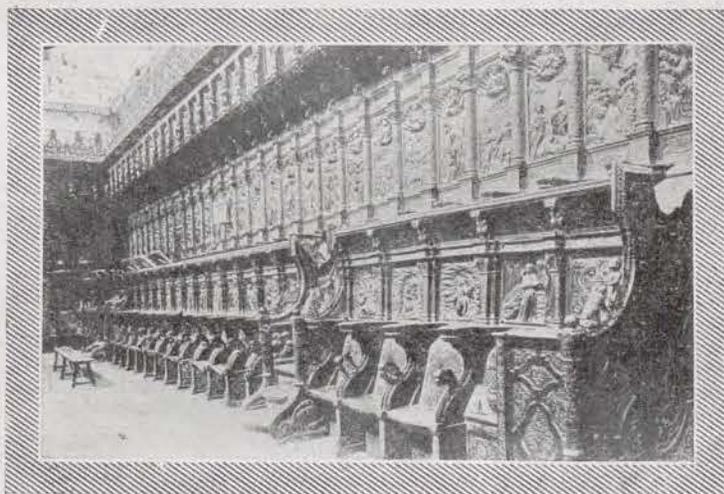
La Catedral tiene grandiosas proporciones, y su construcción es de una fortaleza extraordinaria; para salvar el gran desnivel del terreno, se construyó una amplia y vigorosa cripta, de considerable altura en la parte posterior. La fachada principal da a una despejada plaza, la de Santa María, centro de la vida de la ciudad; por los costados descienden estrechas y pendientes callejas, y el ábside se apoya en otra plazuela, en cuyo centro admiramos el bello y sencillo monumento erigido a la gloria del excelso poeta Bernardo López García, hijo de la ciudad del Guadalbullón.

La fachada principal es de grandioso efecto, pero de escasa belleza artística en sus detalles. La profusión de pilastras, columnas, recuadros y balcones que la adornan, cortando inoportunamente sus líneas, afean el conjunto. Si no existieran las torres gemelas que la flanquean, creeriase que era más bien fachada de un magno palacio que de una catedral. El primer cuerpo, en el cual abren las tres puertas, ante las cuales se extiende el atrio, cerrado con verja, es el más bello. En el centro, entre cuatro columnas corintias, abre el arco de la puerta mayor, ricamente entallado, y sobre él, en un recuadro, la imagen de la Virgen, llevada por dos ángeles. Adornan la fachada, en este primer cuerpo y en las dos siguientes, esculturas de los Apóstoles, de San Fernando, Santa Catalina y San Miguel, y un relieve de dos ángeles, que sostienen el rostro de Jesús, recordando el que se guarda en el templo. Las torres, cuadrangulares, son pesadas en sus tres primeros cuerpos; más bellas en el cuarto, que adornan lindos ventanales, con columnillas corintias y una elegante balaustrada, rematan an un airoso cuerpo circular, con balaustrada y cúpula. La portada del medio día es de mejor efecto que la principal. Abre entre columnas dóricas pareadas, y la embellecen diversos adornos y una escultura de la Virgen de la Asunción, rodeada de ángeles. La portada del Norte es más sobria. En el coronamiento del templo se advierte como detalle saliente la gran cúpula que cubre el crucero, rematada con airosa linterna.

En el interior es aun más grandioso el efecto que la Catedral produce y, desde luego, más grato en sus detalles de arte. Toda ella responde perfectamente al estilo grecorromano en que se inspiró Valdevira, guardando una gran unidad, aunque es claro que en el transcurso de los muchos años que duró la construcción, se introdujeron modificaciones y adulteraciones. Afecta la forma de cruz latina, con tres amplias naves y crucero. Las elevadas bóvedas, de curvas semiesféricas o elipsoidales, están sostenidas por recios y elegantes pilares, cuyos adornos de columnas corintias, ménsulas, molduras y cornisas, llegan a recargarlos con exceso. Las bóvedas están también adornadas con tollajes, molduras y hasta con relieves y figuras de ángeles. Esta labor, no desprovista de belleza, llega a lo prolijo en el adorno de los pilares, arcos y cúpula del crucero, en cuyas pechinas aparecen las figuras de Santiago, Santa Catalina, San Mi-



Portada de la iglesia de la Magdalena, notable ejemplar del arte plateresco.



Vista parcial de la sillería de coro de la Catedral.

guel y San Eufrasio. En los muros de ambos costados del soberbio templo abren pequeñas capillas, de recargados adornos y pesados retablos en algunos casos, pues hay otros elegantes y de buen efecto artístico, con esculturas interesantes. Todas están cerradas con verja, y ofrecen la particularidad de tener sacristía. Todas también contienen notables pinturas, muchas de ellas de gran mérito, aunque la escasez de luz no permite apreciarlas debidamente. Pocas catedrales podrían formar un tan interesante Museo diocesano como la de Jaén, ya que posee también ricas joyas y magníficos ornamentos.

La capilla mayor es de grandes proporciones, pero el arco resulta muy rebajado. El hermoso retablo dorado peca de frío, por su magnitud, aunque lo adornan notables pinturas. En una caja que descansa sobre el altar guárdase la urna sagrada que contiene uno de los rostros del Salvador que quedaron impresos en el lienzo con que la Verónica limpió el del divino Jesús, y que según la tradición fué llevado a Jaén por San Eufrasio. Esta milagrosa reliquia se ofrece a la adoración de los fieles todos los viernes, a las tres de la tarde. Va encerrada en rico marco de plata y oro, con pedrería. También se guarda la imagen de la Virgen de la Antigua, que la tradición dice ser la que el Rey San Fernando llevaba siempre en sus gloriosas campañas.

Son notables también el Sagrario, de forma elipsoidal y bóveda artonada, con varios altares; la sala capitular, la gran sacristía, el coro, con sillería de buena talla adornada con relieves de asuntos religiosos, y el órgano, que es magnífico. De otros muchos detalles debiérase hacer mención, como los de las puertas interiores de las naves del crucero, ricamente adornadas con relieves, molduras y follajes: pero todo ello necesitaría más amplio espacio. Comenzaron las obras de la Catedral en el año 1500, siendo obispo el ilustre D. Alonso Suárez de la Fuente el Sauce. Según el señor Pi y Margall, el primitivo proyecto debió inspirarse en el estilo gótico. Pero el insigne arquitecto Pedro de Valdevira lo modificó por completo, inspirándose en el arte grecorromano, que entonces se extendía mucho por Italia. Continuaron las obras Andrés de Valdevira, hijo de aquél, y más tarde, Juan de Aranda y Pedro del Portillo. La capilla del Sagrario, muy posterior, fué trazada y dirigida por el eminente arquitecto Ventura Rodríguez. Por cierto que el maestro no estuvo muy inspirado, pues la capilla resulta de muy frío efecto religioso.

Tal es, en ligera síntesis el grandioso monumento que tanto enorgullece a los jaenenses, y tal es, también, la simpática ciudad, la bien amada del Rey San Fernando, «guarda y defensa de los reinos de Castell», y uno de los florones gloriosos de la tierra andaluza.—LEÓN ROCH.

Bodas

CEn la Iglesia del Santísimo Cristo de la Salud, adornada muy artísticamente con plantas y guirnaldas de blancas flores, se ha celebrado la boda de la bella señorita María Teresa Jiménez Arenas, hija del ilustre senador por Avila, con don Mariano Silveira y Aboín.

Al acto asistió numerosa y muy distinguida concurrencia, que evidenció las grandes simpatías de que disfrutaban las familias de ambos contrayentes.

A los acordes de la marcha del Profeta entró la novia en el templo del brazo de su padre.

La señorita de Jiménez Arenas estaba bellísima. Vestía elegante traje blanco de *charmeuse* y tisú de plata, con velo de tul y diadema rusa de azahar. Llevaba el collar de perlas, regalo del novio. Un precioso niño, hijo de los condes de Castillo de Vera y nieto de la condesa viuda de Crecente conducía la cola.

El novio iba de *chaquet*. A sus lados situáronse, ante el altar, los padrinos, que eran la señora de Ortuño, tía del señor Silveira, y el señor Jiménez Arenas.

En el presbiterio, a uno y otro lado, colocáronse los testigos, en su mayoría de uniforme, que eran: por parte de ella, el ilustre jefe del partido liberal conservador, D. José Sánchez Guerra; los marqueses de San Juan de Piedras Albas y Aldama; el ex senador, abuelo de la novia, D. Benito Lapeña, y sus tíos, el académico y general D. Antonio Blázquez, y señores de Benito, Arenal y López Jiménez; y por parte de él, sus tíos el ex ministro señor Ortuño, el marqués de Santa María de Silveira y don Mateo Silveira; sus hermanos, el conde de Castillo de Vera y D. José Manuel de Silveira; el duque de Nájera, don Manuel Travesedo y don José Sáinz de la Cuesta.

Cantada el *Ave María*, de Gounod, el obispo de Avila, D. Enrique Plá y Deniel, asistido por el rector de la iglesia, señor Podadera, bendijo la unión, pronunciando luego una plática muy sentida.

Terminada la ceremonia, los nuevos esposos, con sus padrinos y testigos, pasaron a firmar el acta del Registro civil, mientras que la Capilla-música interpretaba *Los tres amores*, de Alvarez. Desde la iglesia, todos los concurrentes se trasladaron al Hotel Ritz, en donde fueron obsequiados con un espléndido *lunch*.

Allí los novios y sus padres recibieron las felicitaciones de sus amigos.

Los nuevos señores de Silveira y Aboín marcharon aquella misma tarde, en automóvil, a la finca «Las Nieves», que en la provincia de Toledo posee el novio.

Nos asociamos a las felicitaciones que recibieron, haciendo votos por su eterna ventura.

Otro enlace reciente ha sido, en la Parroquia de San Jerónimo, el de la bella señorita Carmen Muriedas, perteneciente a distinguida familia mejicana, y el bizarro capitán de Artillería don Felipe Gómez Acebo y Varona, hijo del teniente coronel de la escolta Real del mismo nombre.

Apadrinaron a los contrayentes la madre del novio y el padre de la novia, y fueron testigos, por parte de ella, su hermano D. Agustín Muriedas, sus tíos D. Vicente Zaldo y D. Angel G. Santibáñez y D. Modesto Domingo, y por parte del novio, su padre, D. Felipe Gómez Acebo; sus tíos D. Sebastián Gómez Acebo y D. Fran-

Sepúlveda y Sunyé, hija del ilustre escritor difunto, D. Enrique Sepúlveda, con el arquitecto D. José María Castell.

Fueron padrinos la madre de la desposada, señora viuda de Sepúlveda, y el padre del contrayente, D. Angel María Castell, y testigos, por parte de la novia, su hermano D. Francisco, sus primos D. Juan Sunyé, D. Enrique Alvarez de la Braña, D. Manuel Llorente y el barón de Sarrástegui, en representación del marqués de Comillas, y por parte del novio, sus tíos D. Pablo García Avelilla y D. Luis de Zúñiga, su hermano político D. Miguel Angel Ortiz, su primo don Emilio de Zúñiga, el vicealmirante de la Armada D. Emiliano Enriquez y D. Juan Ignacio Luca de Tena, en representación de su padre, el director de *A B C*.

Los novios, a los que deseamos eternas felicidades, salieron para el extranjero.

EN la iglesia de San Andrés de los Flamencos se ha celebrado el casamiento de la bella señorita María del Carmen García de Burgos con D. Alberto Fernández de Toro y Sánchez, apadrinados por la madre de la novia, señora viuda de G. Stuyk, y su tío D. Antonio Sánchez de Larragoiti, representado por el hermano político del novio, D. Antonio Reyes Calvo, catedrático de la Universidad Central.

Fueron testigos, por parte de ella, su hermano D. Antonio, sus tíos don Carlos Moral, D. Livinio y D. Juan Stuyk; D. Servando Mena y D. José Felipe G. Mauriño, y por el novio, su tío el ilustre poeta D. Carlos Luis de Cuenca, su primo D. Luis Cuenca y Fernández y los Sres Bengoechea, Fernández Caro y Balanzat.

La señorita de G. de Burgos estaba guapísima con su elegante traje blanco, cuyo manto llevaron dos niñas preciosas: Eloísa y Emmita Domínguez.

Durante la ceremonia cantaron su primo el Sr. Moral y D. Antonio Ricarte, notable profesor de canto.

Los recién casados, a quienes deseamos dichas sin fin, salieron para San Sebastián, Pamplona y Zaragoza.

IGUALMENTE se han celebrado las siguientes bodas: en la parroquia de San Jerónimo la de la señorita Carmen Alvear y de la Colina con don Enrique Ziburu, marqués de Revilla de la Cañada; en la Concepción, la señorita María del Pilar de Castro y García Patón con D. Félix Borrell; en Santa Bárbara, la de la señorita Eloísa Gaztambide, nieta del popular compositor, con D. Diego Calvo Andaluz, y en Sevilla, la señorita Amparo Alvarez de Toledo y Gómez de la Lama con el señor D. Faustino Murube y Fernández Negrete.

Sean muy felices.

LA marquesa viuda de Esquivel ha pedido para su hijo el oficial de Ingenieros, poseedor del título, la mano de la bella señorita Narcisca Rojas y Brieva, hija de los marqueses de Albentós.



La bella señorita María Victoria Conrado Villalba, hija del marqués de Fuensanta de Palma y D. Ignacio Fuster, después de su enlace, del que dimos oportuna cuenta.

cisco Varona, D. Germán de Castro y el coronel de Artillería señor Marchessi, jefe del regimiento en que el contrayente presta su servicio.

La ceremonia se celebró en familia, por el reciente luto de la familia del novio.

Los señores de Gómez Acebo, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para París.

EN la iglesia de la Concepción se ha efectuado el enlace de la bella señorita María del Carmen

LA CAMPAÑA TERRIBLE

I

DE VIZCAYA A NAVARRA

TRIUNFANTE D. Manuel de la Concha, Marqués del Duero, de las fuerzas carlistas en Vizcaya, ya General en Jefe del Ejército del Norte, aspiró a dar en Navarra a los facciosos el rudo golpe que no había conseguido realizar en las líneas de Bilbao, derrotada que, en el corazón del carlismo, forzosamente tenía que ser de resultados trascendentales, hiriendo de muerte a la Causa.

Nuevamente organizadas las libertadoras fuerzas, siendo su Jefe de Estado Mayor D. Miguel de la Vega Inclán, quedaron constituidas en una brigada de vanguardia y 3 Cuerpos de Ejército. Mandaba la brigada de vanguardia el Brigadier D. Ramón Blanco y la formaban 6 batallones de Cazadores, una compañía de Guardia Civil y una batería montada Plasencia. Mandaba el 1.º Cuerpo el Teniente General D. Antonio López Letona, y sus tropas estaban divididas en dos divisiones y cuatro brigadas que, respectivamente a las órdenes de los Mariscales de Campo Andía y Catalán, y de los Brigadieres Dabán, Martí, Rubio y Ruiz Dana formaban 16 batallones, una compañía de Ingenieros, 2 de la Guardia Civil y 6 baterías montadas Krup. Mandaba el 2.º Cuerpo el Mariscal de Campo D. Adolfo Morales de los Ríos, y sus tropas estaban divididas en 3 brigadas que, a las órdenes de los Brigadieres Cassola, Bargés y Zarranuz daban un total de 13 batallones, 4 compañías de Ingenieros y 200 artilleros. Mandaba el 3.º Cuerpo el Teniente General D. Rafael Echagüe, y sus tropas estaban divididas en 3 divisiones y 6 brigadas, respectivamente a las órdenes del Brigadier Beaumont, de los Mariscales de Campo Martínez Campos y Reyes y de los Brigadieres Rodríguez, Ortal, Reina, Acellana, Inzanzan y Molina, formando un conjunto de 24 batallones, 2 compañías de Ingenieros y 2 baterías de montaña Plasencia. Afectos al Cuartel General de D. Manuel de la Concha quedaban una compañía de la Guardia Civil, un escuadrón de Húsares de Pavía y una sección de Albuera. Sumaba el Ejército un total de 32.000 bayonetas, 36 cañones y 100 caballos. Estas fuerzas fueron después aumentadas en Infantería, Artillería y Caballería.

Antes de emprender nuevas operaciones, preciso era poner la plaza de la libertada Villa a cubierto de un nuevo ataque del enemigo.

Sin pérdida de tiempo, el mismo 4 de Mayo de 1874, cuarenta y ocho horas después de la gran victoria, Duero y el General de Ingenieros, Gobernador militar de la Plaza, don Ignacio María del Castillo, determinaron sobre el terreno que se fortificase, en la orilla derecha del Nervión, los montes Cabras, Abril y el Alto de Banderas, y en la margen izquierda el Desierto y Portugalete.

En tanto las obras se realizaban, duración que se calculó en veinte días, permanecería en la capital de Vizcaya todo el 2.º Cuerpo, y terminada la fortificación las tropas marcharían a incorporarse al grueso del Ejército, dejando en Bilbao 4 batallones.

Mientras tenía lugar esta nueva organización de las tropas y el proyecto de defensa, la mayor parte de las divisiones se encontraban acuarteladas y alojadas en Bilbao, justa y merecida recompensa que D. Manuel de la Concha quiso dar a los soldados por su sacrificio y su valor, circunstancia que hubo de aprovecharse para el arreglo y confección de los destrozados uniformes, y para proveer de cuanto necesario fuese a los hombres de guerra.

Contados fueron los días que las valientes fuerzas estuvieron en la invicta Villa, pues dejóse sentir entre ellas, con alguna intensidad, la disenteria, y se ordenó su inmediata salida a acantonarse en Abando, Baracaldo, Deusto, El

Desierto y Portugalete. Divisiones y brigadas, desde entonces, no estaban ociosas; constantes marchas, maniobras o el transporte a Bilbao de gran cantidad de proyectiles y de víveres abandonados por los carlistas ocupaban su tiempo.

No obstante la rotunda negativa del Marqués del Duero, momentos antes de entrar triunfante en Bilbao, de proclamar Rey al hijo de Doña Isabel II, el Príncipe de Asturias D. Alfonso, insistieron después en diferentes conferencias con el prócer militar los Generales Letona y Echagüe, y otra vez Martínez Campos. Irreductible siempre Concha, sin embargo de responderle sus subalternos del éxito de la empresa, pensaron éstos abandonarle en la campaña, presentando la dimisión de sus mandos.

Parece ser que Duero hubiese, al fin, accedido al deseo de sus Generales, que eran, según ellos, los de todo el Ejército, pero la llegada a Bilbao del yerno de D. Manuel de la Concha, el Marqués de Sandoval, que desde Madrid fué comisionado para hablar con el nuevo General en

que el Ejército de Concha entró en la capital de Alava.

Decidido el Marqués del Duero a trasladar las operaciones de las márgenes de Somorrostro y del Nervión a las orillas del Ebro, del Arga y del Ega, por considerarse esta continuación de la guerra del Norte de más prácticos y decisivos resultados que el asalto a las posiciones facciosas de Durango, a ello fué con paso firme y seguro, perfectamente persuadido de que el enemigo, si bien vencido en las líneas de Bilbao y en peligro inminente de capitular, ni estaba desordenado ni huía, sino dispuesto sin vacilar a reñir nuevas batallas con la entereza y bravura en él proverbiales.

Para el desarrollo del plan, la base de operaciones debía de ser llevada a la línea del Ebro, entre Miranda y Tudela, a fin de penetrar en Navarra por la Rivera y caer sobre Estella.

Atento siempre Concha a los abastecimientos del Ejército, hizo trasladar los grandes depósitos de víveres y de municiones, que se encontraban en Bilbao y Santander, a Miranda de Ebro y Logroño; y dispuesto ya todo, emprendió la marcha a las cuatro de la mañana del 13 de Mayo, con la brigada de vanguardia y los Cuerpos 1.º y 2.º por las Encartaciones y los Valles de Mena y de Losa.

Grandes eran las precauciones tomadas por el Marqués del Duero, muy principalmente en los comienzos de la importante maniobra, pero los carlistas, pensando que serían atacados en Durango, allí esperaban atrincherándose, no estorbando, por consiguiente, la marcha.

«Ocupado se hallaba Mendiri, relata Pirala, en las obras de atrincheramiento de las nuevas posiciones de los carlistas, cuando fué llamado por D. Carlos; corrió a Durango. Al atravesar el salón para dirigirse al gabinete de dicho señor, tuvo que hacerlo por entre las distinguidas personas que se hallaban reunidas para el baile que había aquella noche. Esperábale D. Carlos en un gabinete, en el que se encerró con él el jefe llamado. Enteróse minuciosamente del estado de las obras de defensa que se hacían, mostrando más interés por los asuntos de guerra que por lo que a su alrededor pasaba, y dijo a Mendiri.

—«He pensado separar del mando al General Elio, y antes de hacerlo me ha parecido consultarte.

—Señor—contestó el aludido caudillo—, el General Elio, que tan señalados servicios ha prestado a la Causa que V. M. simboliza, es la primera figura del Partido, y una separación absoluta no sería bien recibido ni en el Ejército ni en el país. Su edad y sus achaques han enervado su energía para las operaciones de la guerra, y creo sería muy conveniente reemplazarlo en el Estado Mayor General con D. Antonio Dorregaray, suprimiendo la Capitania General de Navarra, Vascongadas y Rioja, que éste desempeña y que a nada conducen, dejando a Elio de Ministro de la Guerra y de Presidente del Consejo de Ministros.

—Este es mi pensamiento—repitió D. Carlos.

«Y así lo ejecutó, encargando a Dorregaray del mando del Ejército el 11 de Mayo, dándose a conocer el Marqués de Eraul el 13 con una alocución a los voluntarios, recordándoles que había compartido con ellos los peligros y privaciones de la guerra desde su principio, y les estimulaba a seguir adelante para aniquilar la Revolución, prometiéndoles no separarse de ellos hasta triunfar o perecer en la contienda».

El Alto Mando faccioso y las Juntas de Merindades de Vizcaya y de Navarra procuraban animar el un tanto abatido espíritu por el fracaso de Somorrostro. «Dispuestos a vencer o a morir, dice D. Francisco Hernando, la entrevista del Rey con los representantes de Vizcaya, el día 3, fué solemne, majestuosa e imponente, porque allí se vió, una vez más, la íntima unión del Pueblo con la Monarquía Tradicional, y los sacrificios que estaba dispuesto a hacer por aquella. Habíamos sido vencidos en Bilbao, entre



Doña Margarita de Parma Primera mujer de Don Carlos (1874).

Jefe del Ejército del Norte, disuadió a Concha de proclamar entonces Rey de España a D. Alfonso XII.

Pero antes de emprender la marcha a Navarra el Ejército de operaciones, el Marqués del Duero y Letona tuvieron una nueva y última conferencia privada.

«Concha, escribe Bermejo, rogó a Letona que siguiera y Letona se negó resueltamente a ello, asegurando que no serviría más a la República. Esto, que fué repetido por Letona, incomodó un tanto al Marqués del Duero, y lo reveló dando a sus palabras un tono severo y hasta de reconvencción áspera; pero Letona se defendió dignamente y fueron tan elocuentes sus respuestas, que Concha hubo de reconocer su injusticia, y después de un corto silencio preguntó a Letona:

—¿No me sigue usted?
—No señor—repuso Letona.
—¿Pero comeremos juntos en Vitoria?—añadió Concha.

—Eso sí—contestó Letona.
«Y comieron juntos en Vitoria, pero Letona se retiró manifestando a Echagüe y a Martínez Campos que había cumplido su palabra».

Letona tuvo el mando del 1.º Cuerpo hasta

otras cosas, por no tener artillería suficiente para batir a la de la plaza y la más numerosa del Ejército enemigo. Vizcaya se comprometió a comprar cañones y 10.000 fusiles con sus propios recursos. Las demás provincias, al ver la abnegación de los vizcaínos, procuraron imitarles, y la Junta de Navarra el 6 de Mayo, y las de otras provincias después, dieron manifiestos de adhesión al Rey y de esperanza a los pueblos, que por cierto no la necesitaban».

«El entusiasmo era general, así que la idea de comprar cañones y mejorar nuestro armamento se popularizó de tal modo, que los voluntarios renunciaron generosamente a parte de su escaso haber, para que el producto de este sacrificio se destinase a tan patriótico objeto.

Durante el trascurso de estos hechos, tuvo lugar un fausto suceso para la Causa carlista, la entrada de su Reina, D.^a Margarita de Parma en España, que de Francia venía a unirse con su esposo, a conocer a sus denodados voluntarios y a compartir con ellos los peligros y durezas de la campaña.

«El 1.^o de Junio, relata un cronista de época, entró D.^a Margarita por Urdax, donde la esperaba el Coronel Iribarren, jefe de la Frontera, y de allí se encaminó a Elizondo y Santesteban, donde se unió con el Rey D. Carlos, que se había adelantado hasta aquel pueblo para recibirla.

«No conocían los pueblos ni los voluntarios personalmente a D.^a Margarita, pero conocíanla ya por sus virtudes y sus buenas obras. Todos sabían los piadosos sentimientos de la Reina, todos sabían la solicitud, el cariño y el desvelo con que procuraba atender a las necesidades más sensibles de la guerra, todos sabían que durante ella estaba desde Francia, en Burdeos, velando porque se cuidase y se curara a los heridos, y nadie ignoraba que a ella debían los batallones botiquines y medicinas, ambulancias y hospitales, y que de ella había nacido la Asociación benéfica titulada «La Caridad», que tan humanitarios servicios prestaba en los campos de batalla. ¿Qué extraño es que la presencia de la Reina produjera en aquel pueblo entuslasta los mismos efectos que la entrada del Rey había causado?

«La Reina fué recibida en todas partes con un júbilo, con una alegría y con unas demostraciones tan grande de afecto que más de una vez la conmovieron profundamente. Los pueblos por donde pasaba la salubaban alborozados, los batallones la aclamaban con ardor, y por todas partes encontraba testimonios tan vivos del amor de aquellas provincias a sus Reyes, que todo cuanto hasta entonces le habían dicho le parecía poco en comparación con lo que estaba viendo.

«De Navarra pasó D.^a Margarita a Guipuzcoa; visitó Tolosa, Azpeitia, Azcoitia y Vergara, y en todas partes su primer cuidado era ver los hospitales y conventos, enterándose de la situación de unos y de otros, y dar a todos muestras de su inagotable caridad».

Desde su salida de Bilbao, Concha continuó su marcha victoriosa por país que la opinión consideraba dominado por el enemigo.

El Marqués del Duero, al efectuar esta marcha, no sólo conseguía desorientar a los facciosos, con respecto al futuro plan de campaña, sino que al mismo tiempo hacía volver a los soldados que fueron de Moriones y de Serrano, la idea de superioridad sobre el enemigo por medio de triunfos fáciles en terrenos carlistas.

Al llegar al valle de Losa, el Marqués del Duero dividió sus fuerzas: artillería, impedimento y una división siguieron el camino emprendido que, formando un arco de círculo por Medina de Pomar, Miranda de Ebro y Puebla de Arganzón, terminaba en Nanclares y Vitoria; el General en Jefe, con el grueso de las tropas, atravesando el valle de Losa, emprendió una rápida expedición a Osma y Orduña; batió aquí a los carlistas, y, por Salinas y Subijana, marchó a Vitoria uniéndose en Nanclares con el resto de la fuerza.

Después de batir otra vez al enemigo en Villareal y Salvatierra, en 1.^o de Junio, desde la capital de Alava, Concha partió con sus tropas por Peñacerrada y Laguardia para Logroño, precedido por el general Echagüe, nombrado Capitán General de Navarra, y que marchaba hacia allí con la brigada Espina y una batería Krup, fuerzas que, en unión de las del mariscal de campo Tassara, dos batallones y 1.000 jinetes, que formaban la división de la Rivera, quedarían al mando del nuevo Capitán General sustituido en el 3.^o cuerpo por el mariscal de campo don Arsenio Martínez Campos.

En la tarde del 2, entraban el Marqués del Duero, Martínez Campos y Blanco en la capital de la Rioja con dos brigadas, la de vanguardia y otra del 1.^o Cuerpo, la segunda División del 3.^o Cuerpo, la artillería, la caballería y el Parque móvil, siendo recibido por las Autoridades, la guarnición y el pueblo en medio del mayor entusiasmo. Las divisiones de Reyes y de Beaumont se acantonaron en Fuenmayor y el grueso del 1.^o Cuerpo con Rosell, que sustituyó en el Mando a Letona, en Cenicero.

Concha deseaba que el Duque de la Victoria, que residía en Logroño, hubiese entrado al frente de las fuerzas vencedoras; pero el Príncipe de Vergara se encontraba enfermo y el Ejército no pudo obtener tan alto honor.

Ya estaba el Ejército de D. Manuel de la Concha en la margen del Ebro, fronteriza a Navarra.

El Marqués del Duero sabía, y así lo afirmaban también personas notables en la Rivera, que un rudo golpe a los facciosos en Estella pondría la Causa de Don Carlos en desesperado trance, por el abandono de las filas de gran número de voluntarios. De aquí los esfuerzos del General en Jefe en concentrar el mayor número posible de tropas en Navarra; su gran disgusto al considerar que las que esperaba de Bilbao no se le incorporaban, por no estar todavía allí terminadas las obras de defensa; su enfado contra las impaciencias de la opinión, que le pedía rápidas y decididas victorias, ante el enorme cúmulo de dificultades, aumentadas por un recio temporal que entorpecía y hasta paralizaba la marcha de los convoyes; su contrariedad ante los movimientos carlistas en Guipuzcoa y la expedición de Lizárraga.

En efecto, nombrado después del fracaso de Vizcaya jefe del E. M. G. carlista D. Antonio Dorregaray, quedando Elio con los cargos de Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, el Marqués de Eraul, no dudando ya del nuevo objetivo del vencedor de la Muñecaz y de Galdames, al conocer la llegada del Ejército de Concha a la Rivera de Navarra, hizo que la mayor parte de los batallones facciosos se trasladasen de Durango a Estella y que los montes que rodean la ciudad fueran rápidamente puestos en estado de fuerte defensa. Además, y con objeto de distraer fuerzas enemigas, hizo que parte de las tropas carlistas operasen sobre Hernani y hacia Aragón, aplazándose la expedición que a Castilla iba a emprender el General Velasco.

El 29 de Mayo se presentó delante de Hernani, centinela avanzado de San Sebastián, el Comandante General de Guipuzcoa D. Hermenegildo Díaz de Ceballos, con los batallones 5.^o y 6.^o de la Región y una batería de sitio, compuesta de un obús, dos cañones rayados y tres lisos respectivamente, de 9, 10 y 12 centímetros, y dos morteros. Emplazada durante la noche la artillería en los altos de Santiagomendi y Oriamendi, al amanecer del 30 rompió el fuego sobre la asediada plaza, cuyos cañones, también rayados, de 12 y 16 centímetros, contestaron gallardos desde el castillo de Santa Bárbara. Dos mil cuatrocientas bombas y granadas cruzaron del 30 de Mayo al 1.^o de Junio, las baterías de la Tradición y la Libertad, con atroz destrozo de la Villa de Hernani. Con bravura y tesón lucharon a campo raso, fuerzas de línea, miqueletes y facciosos, queriendo los unos romper el cerco avanzado desde San Sebastián, los otros atacando desde la plaza, los carlistas rechazando a unos y a otros a la vista de su Rey. Ceballos el día 1.^o hubo de retirarse; la infantería no tenía ya municiones ni la artillería tampoco.]]

Al mismo tiempo que estos hechos se desarrollaban en el valle de Urumea, por la frontera oriental de Navarra entraba Lizárraga en las comarcas del Alto Aragón, con los Almogárabes del Pilar y el 9.^o de Navarros. Pronto hubo de emprender la retirada, desde Bordun, otra vez a Estella, según las crónicas liberales, por temor de verse cortado de su base de operaciones por las columnas de Echagüe y de Martínez Campos, y según las crónicas carlistas para aumentar el número de fuerzas defensoras del baluarte faccioso sobre el Ega, seriamente amenazado por las tropas del Marqués del Duero.

Las dos maniobras carlistas, por diversas razones, habían fracasado; pero sus efectos se defectos se dejaban sentir retrasando los planes de D. Manuel de la Concha, cuyo Cuartel general permanecía en Logroño más tiempo del que el Marqués del Duero tenía calculado.

Por otra parte, las obras de fortificación em-

prendidas en Bilbao no terminaban en el plazo fijado, por el escaso número de obreros, por tener que trabajar sobre roca viva y por la lentitud forzosa de la labor ante la escasez de fondos para pagar, pues el comercio y el Ayuntamiento de la salvada Villa no accedían a facilitarlos por no haberseles satisfecho aún los anticipos cuantiosos hechos anteriormente.

En concepto del General Castillo no convenía retirar tropas de Bilbao en aquellas circunstancias. No obstante, Concha le pidió el envío, por lo menos, de una brigada.

Era el plan del Marqués admirable, aunque, por falta de tropas, de no fácil ejecución. Trataba de envolver por completo al Ejército carlista de Navarra, cortar el camino de Las Amescuas y el del Valle de la Berrueza, obligarle a rendir las armas; quería Concha realizar lo que en las líneas de Bilbao no pudo por el retraso en los convoyes, tanto más cuanto que en las inmediaciones de Estella iba a estar de nuevo concentrado lo mejor y la mayor parte del enemigo. Un cuerpo de Ejército en La Solana y Los Arcos le hubiese dado la victoria deseada.

«Hay que confesarlo, dice el repetido Hernando, Concha era grande en sus planes y nunca se contentaba como los otros generales republicanos, con atacarnos para abrirse paso, sino que tenía a darnos golpes mortales, de los que difícilmente pudiéramos reponernos. Era para nosotros peligrosísimo además, porque sabía ocultar perfectamente sus pensamientos hasta el instante de ejecutarlos, y acabábamos de ver en Somorrostro la noche de San Pedro de Galdames que, rápido en obrar así como lento en concebir, no dejaba tiempo para remediar el mal que nos causaba.

«Temíamos ahora que sucediera una cosa parecida, porque la línea de ataque a Estella era sumamente extensa y podía venir por muchas partes; así que para evitar descuido y no presentar puntos débiles, se acordó estrechar la línea y hacer la defensa a corta distancia de la ciudad, cosa que, aunque no libre de inconvenientes, presentaba la ventaja de poder tener a la mano nuestras fuerzas para poder acudir al punto necesario».

Las posiciones en los montes que circundan a Estella eran formidables. Numerosas trincheras de difícil acceso para la infantería y más difícil blanco para los cañones, que iban a ser admirablemente defendidos, rodeaban el baluarte del carlismo en Navarra. Dispuestos a vencer o a morir los batallones del Pretendiente, sería el asalto a sus líneas algo que debía de ser superior al límite de las fuerzas humanas. No había más que un modo para triunfar sobre ellos, dado que el movimiento total era casi imposible: atacar las posiciones antes de la completa concentración del enemigo en ella. De ahí las impaciencias y zozobras de Concha.

Las tropas del Marqués del Duero habían comenzado a moverse de nuevo, marchando a Navarra el 8 de Junio, día en que la brigada de vanguardia se situaba en Lerín, siguiendo el 9 el 1.^o Cuerpo y parte del 3.^o, que se acantonaron respectivamente en Sesma y en Larraga.

En Logroño, para oponerse a los carlistas de la Rioja alavesa quedó organizada una brigada con fuerzas de las guarniciones de Logroño, de Miranda y de Laguardia, 6 compañías de Carabineros, un batallón de la Guardia Civil, 200 jinetes Cazadores de Albuera y el regimiento de Lanceros de Numancia; todos a las órdenes del Brigadier D. Saturnino Azelano.

«El día 9, relata el Jefe de Estado Mayor Valle Inclán, considerando el General en Jefe haber dado el necesario impulso a los preliminares del movimiento, y con el objeto de estar más cerca del que iba a ser teatro de la guerra, así como el de activar por sí mismo los aprovisionamientos, y, sobre todo, la reunión de transportes, puesto que eran insuficientes los que había, así en carros como en acémilas, para el acoplo de los almacenes establecidos en Larraga y en Lerín, se trasladó a Lodosa, en la orilla izquierda del Ebro, con la brigada Beaumont del 3.^o Cuerpo, haciendo el Cuartel General su trayecto en ferrocarril desde Logroño hasta Alcanadre. En Lodosa se encontraba el Marqués del Duero en comunicación directa con las tropas, sin dejar de estarlo también con el Gobierno por el telégrafo de la estación de la vía férrea en Alcanadre».

Como el pueblo de Lodosa, francamente carlista, se negase a prestar al Gobierno el auxilio necesario en hombres y dinero, protegiendo la Causa de D. Carlos cuanto podía, D. Manuel de

la Concha, desde lo alto de su caballo y al frente de sus ayudantes y escolta, al salir a recibirle a las puertas de la población el Clero, el Juez de Paz y el Ayuntamiento, les habló enérgico, demostrándoles todo lo incalificable de la insurrección y lo muy irreverente de un sentimiento religioso que, conculcando el Evangelio, imponía la pena de muerte al que hablase de paz.

«Guerra tendréis, añadió el Marqués del Duero, puesto que no queréis la paz, y por el resultado de mis operaciones habréis de abandonar los pueblos y huir a las montañas...

«Ya me conocéis, ya sabéis, porque debéis recordarlo o haberlo oído contar, cual fué mi conducta en la otra guerra, y no me faltan hoy vigor ni elementos para dejar memoria de mi energía en Navarra.

«La guerra será muy corta, yo os lo aseguro pero será como debía de ser, sus consecuencias funestas habéis de llorarlas, recordando vuestra actitud, cuando hace días entregastéis a una bandada de carlistas dos Sargentos de los nuestros, que habían pasado el puente para comprar pan.

«No olvidéis mis palabras y preparaos». «El acento con que las pronunció el General en Jefe, escribe Valle Inclán, no era para olvidarlo fácilmente, produciendo allí una profunda sensación en cuantos le escucharon. Terminado el acto se apeó del caballo y pasó a visitar el fuerte, donde hizo varias y atinadas observaciones al Comandante General de Ingenieros; después entró en Lodosa.

«En este tiempo continuaba sin cesar el envío de convoyes de víveres a los grandes almacenes de los puntos citados, Larraga y Lerin, habiéndose pedido y recogido, para completar el transporte, carros y caballerías a los pueblos de una y otra orilla del Ebro, que con dificultad y sólo a la fuerza se prestaba a estos servicios. Las tropas, por su parte, se ocupaban en su protección y escolta y, aunque trabajosamente, se iban reuniendo los elementos necesarios y preparándolo todo para la operación tan detenida y maduramente proyectada».

Del 14 al 17 se incorporaron al Cuartel General de Lodosa los regimientos de Infantería de Zaragoza, Ontoria y Asturias, procedentes el primero de la columna de Medina de Pomar, y los otros dos llegados de Bilbao con el Brigadier Bargés: un batallón del regimiento de Gerona, enviado desde San Sebastián por Loma, 4 baterías Krup, una de montaña Plasencia y otra de posición de 12 centímetros, una compañía de ar-

tillería de a pie, los regimientos de caballería de Talavera, Villarrobledo, Numancia y 3 escuadrones de Húsares de Pavía. Estos refuerzos compensaron la marcha a Madrid del 10 batallón de la Guardia Civil y el 2.º de Carabineros.

Concha hubiera deseado emprender, desde luego, las operaciones, pues su dilación sólo era aprovechable al enemigo, que hacía más formidables sus defensas y concentraba en ellas mayor número de batallones; pero forzoso era esperar, pues un recio y largo temporal entorpecía la marcha de los convoyes, y era preciso, al mismo tiempo, incorporar a filas buen número de individuos que, retirados del servicio por heridos y enfermos, ya curados, permanecían en sus casas sin volver a sus respectivos cuerpos, y restablecer el imperio de la disciplina, un tanto relajada en algunos oficiales y soldados.

El 21, aumentadas en lo posible todas las fuerzas, vigilada la Rivera del Ebro, tomadas cuantas medidas se consideraron precisas, inició Duero las operaciones, emprendiendo desde Lodosa la marcha para Larraga, con el Cuartel General, un batallón de Gerona y escoltas de caballería y de la Guardia Civil. Una furiosa tormenta de agua y de granizo impidió a los guerreros pasar de Lerin, teniendo por espacio de dos días intransitables los caminos. Al fin, el 24, pudo Concha salir para Larraga, ocupando Lerin el General Rosell con todo el 1.º Cuerpo.

Fué entonces cuando tuvo el Marqués del Duero conocimiento de la amenaza de una guerra sin cuartel por parte de los facciosos.

«Soldados, dijo a sus valientes, el Jefe del Ejército enemigo acaba de publicar una proclama anunciando, para más adelante, la guerra sin cuartel. Las postimerías de una Causa perdida se distinguen, generalmente, por sus crueldades. No sigamos nosotros tan horrible ejemplo. Nuestra misión es vencer, no asesinar. Espero, pues, que al entrar en Estella, que está destinada a sufrir el estrago de nuestra formidable artillería, no se desmentirá un instante la proverbial hidalguía del soldado castellano ante un enemigo vencido y ante una población, que al fin es una ciudad de España. Así responderéis dignamente a ese grito de rabia que arranca la impotencia del enemigo, mereciendo la estimación de los hombres y la de vuestro General en Jefe».

D. Manuel de la Concha fué recibido en Larraga por los Generales Echagüe y Martínez Campos, por las tropas del 3.º Cuerpo, brigada de vanguardia y división de la Rivera.

Concentrado todo el Ejército que operaba en Navarra entre Lerin y Larraga a las cuatro de la mañana del día 25, emprendió el movimiento hacia Estella, después de un amplio reconocimiento hecho por la Caballería.

Organizadas las tropas en dos Cuerpos, 1.º y 3.º, (1) y la brigada de vanguardia, divididos en tres columnas, a las inmediatas órdenes del General en Jefe la tercera, compuesta de la brigada de vanguardia, la segunda brigada de la primera división del 3.º Cuerpo, que mandaba el Brigadier Ortal, 2 batallones de la división de la Rivera, toda la artillería rodada y la caballería. La segunda y primera columnas, a las órdenes respectivamente de Echagüe y de Martínez Campos, con 12 batallones del 3.º Cuerpo y 4 piezas Plasencia, y 8 batallones, también del 3.º Cuerpo, y 6 cañones Plasencia. Rosell, con todo el 1.º Cuerpo (16 batallones, artillería y caballería agregadas) movíanse en la misma dirección desde Lerin.

Treinta y cinco mil soldados avanzaban de Este a Oeste, en dirección a la línea atrinchera del enemigo; un mar de acero se extendía desde las orillas del Ega a las riberas del Salado. El terreno, llano en un principio, se elevaba paulatinamente, formando espeso bosque en las cumbres. Veíase, por la derecha, a los batallones de Martínez Campos posesionarse, audaces, de los altos del Esquinza; por el centro y por la izquierda, a los soldados de Echagüe, del Marqués del Duero y de Rosell, que a su vez se posesionaban de aquellas sierras; aclamaciones entusiastas partían de todo el Ejército, cuyos ecos transmitían al faccioso las montañas.

A las dos, las baterías del 1.º Cuerpo, y más tarde las de la columna del General en Jefe, cañoneaban las cercanas posiciones a Estella; las granadas estallaban en Villatuerta, Arandigoyen, Grocin y Murillo. Obscurecía cuando las tropas de Rosell tomaban Villatuerta y Arandigoyen a la bayoneta, la brigada de vanguardia se situaba en Murillo, pidiendo Blanco nuevas órdenes de ataque, y Echagüe y Martínez Campos tomaban posiciones en Lácar, Lorca y Alloz. Concha, con las fuerzas a sus órdenes y el Cuartel General, permanecía en el centro observando el movimiento que se efectuaba. Fuertes masas de artillería y de Caballería aparecían a retaguardia. El Ejército se encontraba a tres kilómetros de Estella. La tragedia se acercaba.

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES.

(1) Desde Larraga marchó el 3.º.

LA FIESTA DE LA FLOR

Nota interesante de la pasada Fiesta de la Flor, que constituyó un nuevo éxito para sus ilustres organizadoras, fué el elegante quiosco instalado en la Castellana por la marquesa de Urquijo, frente a su hotel. Formaba una artística tienda de estilo japonés, con mesas para el té y servicios de refrescos, vinos y dulces y venta de flores.

De estos servicios y de la recaudación general estaba encargado un nutrido grupo de señoritas aristocráticas, de las más bellas de la sociedad.

Allí estuvieron, a distintas horas, Livita Falcó, Paloma Montellano, la duquesa de Algeciras, la condesa de Torrehermosa, la marquesa de Mariño, Isabel Urquijo y sus hermanas Pilar, Lola y Teresa, tan lindas como aquélla; Blanca Casal, Isabel Duque de Estrada, Socorro Areces, Lola Bruguera, Matilde Henestrosa, Mercedes Escobar, María Victoria Dorado, Trina Jura Real, Marichu Covarrubias, María Isabel Carvajal, Africa Valdefuentes, Carolina Henestrosa, las señoritas de Escauriáza y Landecho, Blanca Finat, Isabel Gortázar, Dolores Iturbe, Susana Iturregui, Mercedes Jáuregui, Encarnación Marichalar, Sara San Millán, Carlota Irujo, Dolores



Melgar, Milagros Moreno Osorio, Belén Morenes, María Teresa Muguero, Cristina Navarro, Isabel Pardo y Manuel de Villena, Lola Saavedra y Collado, Anita Santos Suárez, Beatriz Silva, Matilde y Mariana Chacón, Amalia López Dóriga, Blanca Rodríguez Rivas y otras.

Tratándose de tan bellas vendedoras y postulantes, no hay que decir que la recaudación fué magnífica.

Los Reyes, La Reina Doña Cristina y la Infanta Doña Isabel, estuvieron por la mañana en el elegante quiosco, dejando importantes donativos.

Por la tarde volvieron, tomando allí el té.

Nuestra fotografía representa el momento en que la marquesa de Urquijo colocaba una flor en la ya bien adornada solapa de nuestro soberano.

La recaudación en este quiosco fué crecidísima.

Por la noche las señoras que habían acudido allí pusieron de acuerdo para ir a comer al Ritz, y así lo hicieron, en efecto, reuniéndose en el Hotel tan considerable número de señoras y señoritas, en unión de otras personas conocidas, que producía el efecto de una comida de moda.

Después continuó la reunión en uno de los salones y se organizó animado baile, que duró hasta las dos de la madrugada.

Notas de pésame

AL comenzar esta sección, desgraciadamente hoy extensa, no queremos dejar sin consignar nuestra protesta contra el cobarde atentado de que fué víctima el virtuoso Cardenal Soldevila, Arzobispo de Zaragoza, una de las figuras sobresalientes de la Iglesia española.

Unimos nuestras más enérgicas frases a las muy numerosas de condenación que ha merecido el bárbaro delito.

MURIÓ la ilustre señora doña María de los Dolores Agripina Mesa y Queralt, condesa viuda de los Villares, perteneciente a antigua casa de nuestra nobleza.

Padecía la respetable dama desde hace mucho tiempo una crónica dolencia, que la tenía alejada de la sociedad. Con admirable fortaleza venció la enfermedad en los numerosos ataques sufridos, y conservaba toda su inteligencia y su ingenio. Todavía en los últimos años iba a pasar temporadas a La Granja, con sus hijos los señores de Méndez Vigo.

Pertenecía la finada a la antigua y noble casa de los condes de Santa Coloma. Estuvo casada en primeras nupcias con el marqués de Castelar, don Nicolás Patiño Ossorio, y en segundas con don Pedro Rodríguez de Toro, conde de los Villares.

Hijos de esta señora son el marqués de Castelar, la marquesa de Velilla de Ebro, don Francisco y don Diego Patiño y Mesa, el conde de las Quemadas, doña María Luisa Rodríguez del Toro y el conde los Villares; hijos políticos, la marquesa del Castelar, el marqués de Velilla de Ebro, don Eduardo Saavedra, doña Mónica López de Ayala, doña Luz Ibarra, la condesa de las Quemadas, don Froilán Méndez de Vigo y la condesa de los Villares.

Nieto de la finada es el distinguido cronista don Nicolás Jordán de Urries (*Tomillares*).

Enviamos nuestro pésame, muy sentido, a la ilustre familia.

GRAN sentimiento ha producido también la muerte de la virtuosa señora doña María de las Angustias Martos y Arizcún, baronesa de Spinola, marquesa viuda de Alava, hermana de la condesa viuda de la Corzana y del conde de Heredia-Spinola.

Dama muy bondadosa y caritativa, llena de virtudes y modelo de madres de familia, cuantas personas tenían el gusto de tratarla sentíanse atraídas por su simpatía.

Desde hace mucho tiempo, casi desde la muerte de su esposo, a causa de sus dolores físicos y morales, concurría poco a los salones. Antes fué una de las figuras más distinguidas en la sociedad, siendo en todas partes querida y respetada. En el palacio de sus padres, los anteriores condes de Heredia-Spinola, en la calle de Hortaleza y luego en el hotel de la calle de Fernando el Santo, ella y su hermana la condesa de la Corzana, tan igual a la finada en bondad y en virtud, eran las que mantenían la animación.

Estuvo casada con el respetable señor don Salvador de Zulueta y Samá, marqués de Alava. De este matrimonio quedan cuatro hijos: doña María, casada con el conde de Lascoiti, barón de Amaya; doña Angela, viuda de don Tomás de Navascués; don Narciso, marqués de Alava, vizconde de Casablanca; y doña Josefa, soltera.

La finada poseía la banda de dama noble de la Orden de María Luisa desde el 4 de Marzo de 1906, y era vicepresidenta de la Junta de Patronato del Hospital del Carmen y vocal del Asilo de Inválidos del Trabajo.

Perteneciente a una de las casas más ilustres de nuestra aristocracia, por su llorada muerte visten de luto muchas familias de la sociedad.

Nos asociamos al dolor de sus hijos y hermanos, muy cariñosamente.

OTRA ilustre dama falleció en esta Corte casi al mismo tiempo que las dos anteriores: doña María de la Encarnación Fernández de Córdoba y Carondelet, duquesa de Bailén y marquesa de Mirabel.

Su muerte ha sido muy sentida en la sociedad madrileña, por tratarse de una señora muy piadosa, de gran virtud y caridad. Formaba parte de diversas asociaciones benéficas.

Pertenecía la finada a una de las más ilustres familias de la aristocracia, siendo hija única de don Pedro Alcántara Fernández de Córdoba, décimo marqués de Mirabel, y de doña Matilde Rosa de Carondelet, hermana del tercer duque de Bailén, segundo marqués de Portugalete, de quien la finada heredó sus títulos.

Estaba casada con don Manuel González de Castejón y Elío, de la ilustre familia navarra de los marqueses del Vadillo. De este matrimonio no han quedado hijos.

Era la duquesa de Bailén dama de las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina y poseía la banda de la Orden de María Luisa y la cruz *Pro Ecclesia et Pontificia*.

Descanse en paz y reciban su viudo y demás familia nuestro sentido pésame.

REPENTINAMENTE dejó de existir el domingo último la distinguida y virtuosa señora marquesa viuda del Salar. Su inesperada muerte produjo en todas partes gran sentimiento, por las grandes simpatías y el merecido afecto que la finada gozaba y que comparte toda su familia.

La señora doña Juana de Muguero y Beruete, marquesa del Salar, dama de S. M. la Reina, era hija de don Fermín de Muguero y de su segunda esposa doña María de los Angeles de Beruete y Moret, condesa de Alto Barcilés. En primeras nupcias estuvo casado el señor Muguero con una Finat.

Hermanos de la marquesa del Salar son el conde de Muguero, la duquesa de Marchena, las marquesas de Salinas y Torre Hermosa, la condesa de Casal y la señora de Puncel.

Casó la finada con don Fernando Pérez del Pulgar y Fernández de Villavicencio, octavo marqués del Salar, de la ilustre familia granadina. De este matrimonio quedan cuatro hijos: don Juan, doña Juana, doña María del Carmen y doña María Teresa.

Muy de veras nos asociamos al duelo de toda la ilustre familia, enviando al viudo, a los hijos y a los hermanos, la sentida y cariñosa expresión de nuestra pena.

EN esta Corte ha fallecido igualmente la caritativa señora doña Antonia de Cavanilles y Federici, condesa viuda de Cerrageria, cuya pérdida será justamente sentida en la sociedad.

Pertenecía la finada a una distinguida familia. Era hija del ilustre jurisconsulto y escritor don Antonio de Cavanilles y Centi, académico que fué de la de Historia y de Ciencias Morales y Políticas, y sobrina nieta del gran botánico Cavanilles. Estuvo casada con don José Manuel de Cerrageria y Gallo Alcántara, conde de Cerrageria, siendo hijos de este matrimonio: don José, actual poseedor del título, casado con doña Elvira Barandica y Ampuero; don Francisco, soltero; doña Concepción, esposa del conde de San Jorge, y el difunto don Antonio, de quien es viuda doña Concepción Beruete y Udaeta.

Por expresa disposición de la finada no se hicieron invitaciones para su entierro.

Unidos al conde de Cerrageria por firmes lazos de amistad, formamos parte en su pena como si fuera propia, enviándoles tanto a él como al resto de la familia nuestro sentido y afectuoso pésame.

Y no hemos de terminar esta triste reseña sin dar cuenta de la muerte de otra distinguida señora: doña María de la Asunción Lombillo y Pedrosa, de Saavedra. Su muerte ha sido sentidísima.

Estaba casada con el coronel de Caballería don Alonso de Saavedra y Vinent, hermano del marqués de Villalobar, nuestro ilustre embajador en Bruselas. La finada pertenecía también a una distinguida familia.

De este matrimonio quedan siete hijas y un hijo, don Alfonso. Hijo político es don Alvaro de Aguilar, hijo de los condes de Aguilar.

Reciban su viudo, hijos, hermanos y demás familia nuestro sentido pésame.

MUNDO MUNDILLO

PARA celebrar el triunfo de la cuadra del duque de Toledo, que con el caballo «Rubán», el famoso ganador del Gran Premio de San Sebastián, ganó el día 3, el Gran Premio de Madrid, S. M. el Rey obsequió con una comida en el Nuevo Club a varios distinguidos *sportsmen*.

Presidió el Soberano, teniendo a su derecha al alcalde de Madrid, señor Ruiz Jiménez, y a su izquierda al duque de Fernán-Núñez.

Enfrente de Su Majestad se sentó el presidente del Nuevo Club, duque de Lécera.

Los demás invitados eran: los duques de Gor, Antría y Unión de Cuba, los marqueses de Viana, San Miguel, Corpa, Amboage y Aldama, los condes de la Cimera y de Lérida, el concejal

señor López-Dóriga y los oficiales del Ejército señores Martitegui, Botín, Navarro y Creus.

Los marqueses de Villavieja obsequiaron, una de las últimas noches, con una comida, en su elegante residencia, a los Reyes.

Con SS. MM. se sentaron a la mesa, además de los marqueses de Villavieja, su hija Pomposa y su huésped la señorita de Errazuriz, las duquesas de San Carlos, Montellano y Ahumada, marquesa de Santa Cruz, duques de Montellano y Almodóvar del Valle, marqueses de la Torre-cilla y Santa Cruz, señor Scherer, Mr. Kinderley, don José Ortega y Gasset y don Eugenio Rodríguez de la Escalera.

EN el Palacio de Cervellón se ha celebrado una de las elegantes comidas con que los duques de Fernán Núñez suelen obsequiar a sus amigos.

Con los dueños de la casa y sus hijos, la encantadora Livita Falcó, el duque del Arco y el

conde de Elda, se sentaron a la mesa los señores de Béistegui, con su hermana la señora de Iturbe y la bella hija de ésta; los señores de Parladé (don Luis), la marquesa y el marqués de Valdeiglesias y los marqueses de Santa Cruz, Arriuce de Ibarra y Nieves.

La marquesa de Santa Cruz no pudo asistir, por estar de guardia como dama de la Reina.

De una muchacha a su novio:

—«Mira; cuando nos casemos, quiero que los dulces que regalemos vayan en sus sortijeros de alabastro que son creación de *La Duquesita*».

LA señora de D. José de Oñate y López (nacida Amalia Fernández de Gamboa y Pruneda), ha dado a luz felizmente una hermosa niña.

Damos la enhorabuena a los dichosos padres.

RESTAURANT IRIS BAR

SEVILLA, 16 TELEFONO 41-27 M.

Almuerzos, siete pesetas; comidas, ocho; cenas, cuatro pesetas desde las doce de la noche. De cuatro a ocho de la tarde, tes; meriendas en el salón del piso entresuelo. Esmerado servicio de Cervecería en la planta baja

CALZADOS "DARSY"

Son buenos.

Sus precios, moderados.

Fernando VI, 12

Casa RAMOS-IZQUIERDO

TROUSSEAUX LAYETTES

Plaza de Alonso Martínez, 2. -- Teléfono 141-J

LAS BOTAS DE HIERRO

PUES señor...

Este era un pobre abuelito que vivía en una choza miserable sin otra compañía que dos nietecitos: Antoñín y Fernando.

El primero iba a cumplir veinte años, y quince el segundo.

Como los dos eran buenos y trabajadores, el viejecito lograba comer todos los días.

—¡Dios os lo premie!—repetía, acariciándoles con sus manos sarmentosas.

Pero una mañana no pudo levantarse del lecho, y cuando Fernando y Antoñín regresaron del monte, se encontraron al abuelito dormido para siempre.

Conque lo enterraron en el cementerio de aquella lomita verde, a la derecha de la carretera, y se tornaron a la miserable chocita, uno detrás del otro, llorando el mayor, suspirando el pequeño.

A los tres días, Antoñín habló a su hermano:

—Mira, Fernando; más vale que abandone este pueblo y vaya a servir al rey. ¡Quién sabe si en la guerra alcance lo que nunca lograría alcanzar aquí! Tú, como eres un niño todavía, me esperarás, y para que no perezcas de hambre ahí te dejo siete onzas de oro que nos legó el abuelito.

Luego, se abrazaron, y Antoñín se perdió a lo largo del camino real, henchido de ilusiones.

Transcurrió un año. A Fernando se le acabaron los recursos, y por más que escribía pidiendo noticias de su hermano, nadie le contestaba.

Así las cosas, cierto día se presentó el Alcalde del pueblo, muy serio y grave, acompañado del cura, y después de acariciarle mucho le contaron cómo Antoñín había muerto en el campo de batalla igual que los héroes. El Gobierno, agradecido, regalaba a su hermanito treinta pesetas y una cruz.

Fernando las tomó, sin saber lo que hacía, y deshecho en llanto, decidió dejar para siempre su pueblecito triste.

Anda, anda, anda... Sintió sed y se agachó para beber en una fuente. Acercó los labios al agua, fué a sorber y vió lleno de sorpresa que en lugar de su cara era la de una joven preciosísima que, después de besarle, dijo:

—Pregunta al pajarito azul de la encina.

Y desapareció.

Conque Fernando volvió la cabeza. Detrás de él había, efectivamente, un árbol corpulento. Miró más despacio. Un pajarito azul saltaba de rama en rama.

—Pajarito. ¿Quieres decirme lo que no sé?

—Si te lo diré,

Entonces, Fernando escuchó:

—Busca entre mis raíces las botas de hierro; pónelas, y cuando las rompas, entra en el Palacio de la Dicha, donde te espera la Princesa de los ojos verdes.

Quiso preguntar más; pero el pajarito como era azul, se fundió con el cielo.

Entonces se puso a buscar las botas de hierro. Allí estaban. Se las puso y echó a andar con miedo, temeroso de no poder dar un paso. Mas no fué así, sino que pesaban menos que si fuesen de plumas.

Hala, hala, hala... ¡Qué se yo lo que anduvo...! Tanto, que una noche, al llegar junto a una casa amarilla, amarilla, advirtió que estaban rotas.

Llamó a la puerta. Una vieja abrió:

—¿Sería usted tan buena que me dejara pasar aquí la noche? Voy al Palacio de la Dicha en busca de la Princesa de los ojos verdes, y no conozco el camino—suplicó Fernando.

—Hospitalidad por esta noche.

—¿No temes a que venga mi ama La Luna y te devore?... Vaya, no te aflijas; me has sido simpático y voy a esconderte. ¿Deseas saber alguna cosa?

—Sí. Deseo saber dónde está el Palacio de la Dicha.

—Cuando venga se lo preguntaré. Estate atento, y apenas lo oigas, sal de aquí.

Al poco rato se sintió un frío muy intenso y apareció la Luna.

—A carne humana me huele.

—Cálmate—dijo el enano—. Es que ha venido un pobre muchacho preguntando dónde estaba el Palacio de la Dicha.

—Eso se lo dirán las Estrellas, mis hijas.

Conque se fué a la casa de las Estrellas:

—Que siga todo ese caminito de la derecha, que tuerza luego a la izquierda, y a la revuelta de un río, allí encontrará el palacio—hablaron las Estrellas. Pero que tenga cuidado, porque al llamar saldrán dos leones, y si no les tira la gorra para que la devoren y echa a correr patio adentro, le destrozarán.

Como una exhalación, Fernando tomó el caminito de la derecha; luego, el de la izquierda, y siguiendo la curva del río llegó al Palacio de la Dicha. Llamó, salieron dos fieros leones; les tiró la gorra y, mientras la devoraban, se entró en el patio, subió una escalera de plata y penetró en una habitación azul. En una jaula estaba el pajarito de la encina. Metió la mano, lo cogió, le dió un beso y... se convirtió en una hermosísima princesa.

Enseguida sonó un trueno y comenzaron a salir criados, damas, caballeros, soldados, todo lo que estaba bajo encantamiento en el castillo, quienes proclamaron rey a Fernando, lo casaron con la Princesita de los Ojos Verdes y hubo fuentes de Colonia «Flores del Campo», pastillas de jabón, creaciones de «Floralia», dulces y cuanto pudiera apetecer el más ambicioso.

Tan... tin... tin... tan... sonaron las campanas. Y todos fueron felices por los siglos de los siglos.

PRINCIPE SIDARTA

LAS SEÑORAS DISPONEN

HOY DE UNA FORMULA ABSOLUTAMENTE CIENTÍFICA PARA Borrar POR COMPLETO EL BRILLO Y LAS ARRUGAS DEL CUTIS. DICHA FÓRMULA ADMIRABLE SE HALLA CONTENIDA EN LA

CREMA

“FLORES DEL CAMPO”

CAJA: 4,50 PESETAS

ÚLTIMA CREACIÓN DE “FLORALIA”

La vieja exclamó:

—¿Pero tú sabes qué casa es ésta?

—No.

—Pues esta es la casa de El Sol. Si te ve no respondo de ti... En fin, pasa, que yo procuraré esconderte.

Conque... pasó.

En esto, cuando ya estaba en un cuartito oscuro, sintió un calor muy grande. Era El Sol que llegaba.

—¡A carne humana me huele!—rugió el astro del día.

—No te incomodes—saltó la viejecita. Es un pobrecito muchacho que ha estado aquí preguntando por el Palacio de la Dicha.

—Pues que vaya a casa de mi hermana La Luna, que ella lo sabrá.

Cuando El Sol partió, Fernando salió de su escondite, dió las gracias a la viejecita y salió a todo correr en busca de la casa de La Luna.

Ya en la puerta, un enanito salió a recibirle:

—¿Qué buscas aquí?

Ya nos hallamos en la época en que no se debe dejar de usar el

SUDORAL

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELS

Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones.

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Sucesores de Langarica

SASTRES

Carmen, 9 y 11. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

LUIS R. VILLAMIL

AUTOMOVILES

MARMON :: NASH :: ESSEX

Alcalá, 62. — MADRID — Telf. S. 586,

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social... } 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Supervivencia.
Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU

PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICIÓN DE MUEBLES --

Visitad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1 duplicado. TELEFONO 29-51

LA CANASTILLA DE BODA DE LA SEÑORITA DE AMBOAGE

El día 23 se celebró en la Iglesia del Santísimo Cristo de la Salud la boda de la bella señorita Sofía Pla y Ruiz del Castillo, hija de los marqueses de Amboage, con don Juan O'Neill y Larios, marqués de Valdeosera y Caltojar.

La boda fué un gratisimo acontecimiento para la sociedad de Madrid y de ella nos proponemos dar detallada cuenta en nuestro próximo número.

Días antes del enlace estuvieron expuestos en el palacio de los marqueses de Amboage, los regalos y la canastilla de boda de la bella novia, que fueron objeto de grandes elogios.

También el hermoso palacio, en el que se hermanan el arte y la riqueza, fué, con este gran motivo, nuevamente admirado por los visitantes.

Desde la magnífica capilla, en la que el cincel y el pincel de don Félix Granda realizaron una obra maestra, hasta la estatua de Pastora Imperio bailando, a la que dió Mariano Benlliure gracia y movimiento, toda la planta baja del palacio, suntuosamente decorada, es merecedora de alabanzas.

Ahora la sala de billar y el salón de música habían sido convertidos en exposición de ropa blanca, de encajes y bordados, trajes y pieles, abanicos y joyas. Y en la enristalada *serre*, desde la cual se domina el precioso jardín, florecido por la primavera, aparecían los centenares de regalos recibidos por los que ya son marqueses de Valdeosera.

Las alhajas, expuestas en elegante vitrina, atraían especialmente la atención.

Los rumbosos marqueses de Amboage han regalado a su hija un espléndido y valioso collar de perlas, grandes, iguales, de puro oriente, que significa una fortuna; unos pendientes con dos perlas muy gruesas; otros pendientes largos, de brillantes; una sortija con dos magníficos solitarios y otro con una gran esmeralda.

El marqués de Valdeosera a la que ya es su esposa, una valiosa diadema de brillantes y grandes zafiros; un largo collar de perlas, un broche antiguo de brillantes, una rama también de brillantes con tres perlas: una color de rosa, otra negra y otra blanca; unos pendientes antiguos de perlas, una sortija con un rubí y un brillante de gran tamaño, un alfiler de brillantes con un gran zafiro y una pulsera antigua de brillantes.

La señorita de Amboage, a su vez, dió al marqués de Valdeosera un alfiler con una gran perla de finísimo oriente, una magnífica botonadura de perlas, unos gemelos de brillantes y una petaca de concha y oro, con iniciales.

También recibió el novio de sus padres políticos un precioso reloj de platino, con el borde de zafiros y brillantes. El marqués de Valdeosera correspondió regalando a la marquesa de Amboage un reloj de oro y esmalte y al marqués una pitillera de ónix con brillantes.

La marquesa de Valle Umbroso, abuela del novio, a la señorita de Amboage, una magnífica pulsera de brillantes, y a su nieto un reloj de oro esmaltado, con cadena de oro y platino, y la novia a la marquesa de Valle Umbroso una medalla de la Virgen en marfil, sobre esmalte negro y brillantes.

Los hermanos de la novia, don Fernando, don Alfredo, doña María del Carmen y don Ramón Pla y Ruiz del Castillo, a su hermana, una preciosa pulsera de rubíes y brillantes y, al novio, los dos primeros, una botonadura de brillantes y zafiros, y los dos últimos, una petaca de oro.

El marqués de Valdeosera, a sus hermanos políticos, relojes de oro, pulsera de oro con un rubí y un alfiler con un perrito de brillantes, respectivamente.

Los marqueses de la Granja, hermanos del novio, a la señorita de Amboage, una pulsera de platino, brillantes y un agua marina; la novia, a la marquesa de la Granja, un alfiler de ónix y brillantes, y al marqués una petaca de concha, oro y brillantes.

También recibió la novia, entre otras, las siguientes preciosas alhajas: de los marqueses de Aldama, una pulsera de ónix y brillantes; de la marquesa de Colomo, una flecha para el sombrero, de brillantes y un topacio; de los condes de Tarifa, una pulsera de platino, zafiros y brillantes; de los señores de Larios, una *barrette* de brillantes y rubíes; de la señorita María Luisa G. Pelayo, un bolso de oro y platino con las iniciales en brillantes, y de los señores de García Sol, una pulsera de brillantes con un zafiro.

Junto a estas alhajas de la vitrina había otras, enviadas al novio, entre las que figuraban: una petaca de oro, de los marqueses de Acapulco; otra, también de oro, de don Juan Larios, y otra, de plata, de los marqueses de Aldama.

CANTARES

El silba discretamente,
ella a la reja se asoma
y la luna les envía
su sonrisa luminosa.

Cuando logres verme muerto,
lo mucho que yo te quise
te dirá el remordimiento.

Mi corazón es el mar
y las penas son las olas
que antes de borrarse unas
van acercándose otras.

Salgo a buscar un amor
que toda la vida dure,
y nadie me dá razón.

CASILDA ANTÓN DEL OLMET.

LA VILLA MOURISCOT

— CASA BALDUQUE —

Bombones selectos

Helados :-: Salón

-:- :-: de te :-: :-:

Serrano, 28

Entre los regalos de familia es de justicia citar, aun cuando, naturalmente, no se hallaba a la vista de los visitantes, un lujoso Cadillac, dado a la novia por el marqués de Valdecilla, tío de la marquesa de Amboage.

Mención especial merecen también los encajes depositados en la canastilla de la novia por sus generosos padres. Recordamos, entre ellos, una *echarpe* de punto de aguja y dos mantillas antiguas de blonda. Aquélla aparecía sobre un antiguo mantón de Manila, en el que se destacaba también un abanico antiguo de mucho mérito, regalo del marqués de Valdeosera.

En el mismo salón se hallaban los trajes de la novia: el de boda y cinco más, regalo del novio, y los demás, en número de diez y siete, y tres abrigos, dados a su hija por los marqueses de Amboage. El de boda, muy elegante, era de encaje de punto de aguja antiguo y el velo, de tul, estaba rodeado por un magnífico encaje, también de punto de aguja.

La ropa blanca, expuesta en el salón antiguo— en cuyo testero principal aparecía una preciada colcha de encaje veneciano—, es un alarde de riqueza y de buen gusto.

En la *serre* se hallaban, como antes decimos, los regalos recibidos por los novios de sus numerosos amigos; ascendían a varios centenares, y entre ellos figuraban: un juego de tocador de *vermeil*, de los condes de los Gaitanes; un saco de viaje, de los marqueses de Torrelaguna; una bandeja de plata, de la condesa de Casa-Valencia; un cenicero de platino, del marqués de Castel Bravo; un juego de plata antigua, de los duques de las Torres; un juego de té, de plata, de los señores de Astoreca; un paraguas, del señor Avilés, y otros valiosos regalos de los duques de Tovar y Santa Elena, marqueses de Tenorio y de Valdeiglesias, marquesa viuda de Aldama, condesa de Medina y Torres, condes de Limpías y de Floridablanca, señores de Lázaro Galdiano, Ussía, Avial y García Ocaña, y otros muchos, sin olvidar al señor Granda, que les envió un precioso cofre de esmalte.

Nota especialmente simpática ofrecían los regalos de los servidores de ambas familias, que han hallado ahora ocasión de mostrar sus sentimientos de gratitud hacia quienes tanto bien les han hecho. Los criados de casa de Amboage han regalado, a ella, un juego de tocador de plata, y a él un juego de despacho de piel; el criado del novio, a ella, un bolso con una corona de oro; los trabajadores de las fincas del marqués de Valdeosera, a su señor, varias preciosas petacas, y un antiguo cochero de los marqueses de Amboage, una bandeja de plata.

De la fundación Amboage, de El Ferrol, llegaron también valiosos presentes, y del Centro escolar de Canido, cercano a aquella población, una mesa con juego de té.

Con tantas cosas que admirar, aun podían los amigos de los marqueses de Amboage detenerse a contemplar el suntuoso salón de baile, a punto de quedar definitivamente decorado, y el cual será la mejor estancia del palacio.

A las muchas felicitaciones que con motivo de la boda han recibido los nuevos esposos, unimos la nuestra muy cariñosa, que hacemos extensiva a los marqueses de Amboage, tan queridos en la sociedad madrileña.

E

stoy realmente entristecido. Acabo de encontrarme, en pleno bullicio callejero, a la mujer que me hizo volver a casa con paso tardío y espíritu inquieto.

Entre el ir y venir, en el tráfico de un anochecer tibio y riñete; mientras, al parecer, todos reían, ella me estrechó la mano, con emoción sincera, y yo, con asombro, callé contagiado. A través de sus pupilas adiviné tal pena, que año me hicieron las risas alocadas de aquella muchedumbre jaranera.

Elsa Miralles nunca fué bella, por lo menos en el sentido estricto de lo que es la belleza; pero su figura arrogante y su andar airoso la favorecían de tal suerte, que su rostro vulgar adquiría perfecciones que la hacían pasar por una mujer guapa.

Los ojos oscuros; la tez pálida; el cabello negro; la boca grande y bermeja. Así, por separado, nada valía; pero al obedecer al espíritu de aquella criatura de veinticinco años azules, todo se transfiguraba de tal suerte, que la admiración (molesta con frecuencia) iba sembrando en su camino.

Cuando los dos callamos, en la misma esquina de Sevilla y Alcalá, sus ojos melancólicos se amortiguaron y aquella mirada fué una revelación de sufrimiento.

Es una historia que sería vulgar, si no fuera Elsa la protagonista; pero ella le da tal tinte de única, que me veo precisado a expansionarme, y, rechazando dos cuentecillos, frívolos y jacareros, que pensaba narrar, quiero esparcir una pena que puede servirte de consuelo, si eres hembra, y de dolor, si fueras hombre.

¿Me quieres mucho, Elsa amada? Desde aquí percibo tu mirar asombrado, porque los pensamientos invaden la cabeza y acaso el corazón; mas tranquilízate, que esa pregunta es la base de todo... nuestro amor. Me quieres mucho, ¿verdad? ¡Muchísimo! Díselo así a mi retrato, como tantas veces, y una vez dicho en voz muy alta, para oírte bien a ti misma, rómpelo; que no sea

testigo de unas lágrimas que, ha ser sinceras, morirían al nacer.

Al asombro del primer momento ha sustituido curiosidad y quizá miedo, ¿no? Ese miedo que, sin definirlo, sabéis hacer comprender tan admirablemente todas las hijas de Eva. Y ya en condiciones de escucharme como, a mi entender, creo conveniente, voy a pasar de lleno a tan molesta (por lo menos) cuestión.

Mis recelos eran fundados. Sin vanidades ridículas, puedo asegurarte que por mis años (muchas veces vividos) y por mis pesetas (otras tantas gastadas), ya soy perro viejo en lides amorosas, y, por lo tanto, todo lo he sabido, porque todo lógicamente lo suponía.

Por circunstancias de ambos harto conocidas, hace una semana interrumpimos toda comunicación, circunstancia reveladora y oportuna, puesto que sin incurrir en la odiosa dualidad, he podido conocerme sin el influjo que sobre mí poseéis tú y tus ojos.

No insisto en la necedad de repetirme los hechos, puesto que, en torbellino confuso, cabalgan por los campos desolados de tus pensamientos.

Bastó un concepto pueril que arrastró un comentario ingenuo, y más tarde una confesión sincera, para que, inopinadamente, mis dudas, ya realidades, te pusieran frente a mí, como ya te presentía.

La vida tiene estas sorpresas, y a ella hay que agradecerla estas dos que nos separan. Una, tu falsedad; otra, mi hallazgo fortuito.

Sé feliz, que yo procuraré serlo... y a ello aspiramos todos.

He aquí dos cartas que, diametralmente opuestas, vivirán juntas toda la vida. La tuya, ni piadosa; simplemente chabacanã y natural del que, como tú, ha gastado tantas pesetas en tantos (¡qué pocos!) años vividos...

Esta es más para mí que para ti. Ahora te veo tan claro, con tal diafanidad, que doy gracias a Dios por haber estado ciega hasta este momento, que, ya serena, he leído la infantil misiva que te proporciona ese puente de plata.

Quizá esta carta no te llegue, porque no la entenderías; repito que mi alma necesita hablar, y jamás alma femenina lo hizo, ni puede que lo haga nunca, como ahora habla la que, *felizmente*, fué tu Elsa.

La verdad me ruboriza, y claro está que tú, hombre corrido, no lo entiendes, y lo siento, porque este espaldarazo final, al fallarte, puede hacerte desgraciado. No obstante, te puedo aleccionar sin interés de cobro; escúchame.

Los hombres, por regla general (y desde ahora generalizo en su máximo la regla), queréis tanto, tanto, que necesitáis que se os repita continuamente... y a vosotros parece (digo parece) doleros el tenerlo que confesar, aunque sea de vez en cuando y como aseveración al logro.

Lamentablemente confundido (he de referirme a ti) me has equivocado, y yo, que temía descubrirlo, compensaba con amor lo que tú pagabas con fuego en la mirada... y llegó el aburrimiento. No eres tú culpable; ¿Qué podías hacer? ¿Cómo darme el *disgustazo*, abandonándome, por el solo hecho de aburrirme?

Había que disimular los involuntarios bostezos, y la ofensa llegó amparada en una lógica tan absurda, que tu *propio recato* te impide confesar, insinuando unas pruebas que omites por innecesarias, alimentando realidades que no son más que un deseo envuelto en conmisericordia.

Pero ¡y yo! ¿Sabes si también estaba aburrida? Medita esta pregunta y sigue viviendo en la seguridad de que no serás tan feliz como esta mujercita, que nunca más se aburrirá...

Elsa no pudo seguir su camino. Muy pálida, muy nerviosa, muy triste, me refirió la tragedia de su vida, y lloró junto a mí un amor tan sumiso, que me conmovió.

Yo haría llegar la carta a su destino; y la acompañe a su casa; y la carta llegará, y un hombre más puede que ría cínicamente... Si es así, será la risa amarga del que mandó una carta sin saber que era de respuesta pagada, a la que contestó una mujer muy femenina.

FÉLIX PRICHARD.

LA ESTANCIA EN MÉJICO DE LOS PRÍNCIPES DE HOHENLOHE

U

n asunto de familia me ha traído a Méjico. Venir desde Nueva York a esta capital es cosa que para los hombres de negocios norteamericanos apenas tiene importancia. Para un español, como yo, que desconocía esta tierra, es, en primer término, un viaje muy interesante, y después, algo que suscita curiosidad creciente.

Pero dejaré para otra carta el relato de mis impresiones de viaje y de mi estancia en Méjico, para hablar de otra cosa que interesará más seguramente a los lectores de *La Epoca*.

Me refiero a los agasajos y atenciones de que están siendo aquí objeto los Príncipes Max de Hohenlohe y la duquesa de Parcent, llegados a fines de mayo. Ellos constituyen una nota de actualidad en Méjico.

Al principio, el deseo de conocer a una Princesa joven y bella, por cuyas venas corre sangre mejicana, y la gran simpatía que tanto ella como su ilustre madre supieron inspirar, desde España, por sus constantes actos en favor de este pueblo, hicieron que les fuera dispensado un cariñosísimo recibimiento. Además, el Príncipe Max de Hohenlohe había venido ya el año pasado y había sabido conquistarse, personalmente, afectos independientes de la alta consideración a que le daba derecho su condición de Príncipe.

El día en que llegué a Méjico, el Presidente Obregón había recibido en el Palacio de Chapultepec, que es su residencia oficial, al Príncipe Max, mostrándole luego todo el palacio señorial y magnífico y ordenando que para el servicio de los Príncipes se engancharan los coches de gala.

Días después acudieron Sus Altezas y la duquesa de Parcent al palacio presidencial, invi-

tados por el señor Obregón, que les colmó de atenciones.

Como tratándose de huéspedes tan ilustres me parecía interesante una visita a los Príncipes, fui la otra tarde a la casa que habitan en la calle de Capuchinas; casa espléndida, propiedad de doña Guadalupe Escandón y doña Margarita Soriano—tan estimadas en la sociedad madrileña—, quienes vinieron con anticipación desde Tacubaya, donde residen, para preparar el alojamiento de amigos tan buenos y queridos como los Príncipes de Hohenlohe y la duquesa de Parcent.

La Princesa Max de Hohenlohe Langenbourg—aquella encantadora Piedita Iturbe, considerada como una de las más admirables bellezas aristocráticas de Madrid—nos acogió con esa cordialidad y esa simpatía que tanta popularidad la han procurado siempre.

Sus frases primeras fueron para expresarnos la gratitud que sentía por las muestras de afecto que sin cesar están recibiendo ellos y su madre en Méjico.

A nuestras preguntas acerca del interés que nosotros sabíamos que había despertado su paso por los Estados Unidos, hasta el punto de que los fotógrafos y los *reporters* de Nueva York y San Luis no los dejaron apenas respirar, nos contestó diciendo que la Prensa había sido extremadamente cariñosa. Y tuvo a este respecto palabras, que yo agradece, para los periodistas de los Estados Unidos, de Méjico y, por supuesto, de España.

—¿Y lo de San Antonio de Texas?—preguntamos luego.

La Princesa nos miró sorprendida, y se echó a reír.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me lo contaron cuando pasé por allí.

—¿Y qué le contaron?

—Pues que cuando ustedes llegaron, el propietario de un magnífico cinematógrafo les invitó a una sesión en su honor. Que ustedes concuerrieron y se encontraron con la sorpresa de que en el telón había un gran letrero que decía: «Un recibimiento regio a los Príncipes de Hohenlohe y a la duquesa de Parcent.» Que el público se volvió entonces hacia ustedes y rompió en un entusiasta aplauso, y que, mientras tanto, un órgano tocó la Marcha Real y el himno austriaco. Y que luego la gente se disputó el honor de estrechar la mano de los Príncipes, y que los periódicos, al relatar todo esto, les dedicaron efusivos artículos y publicaron sus retratos. Eso, por lo menos, es lo que me han contado.

La Princesa de Hohenlohe sólo repuso entonces:

—Yo lo único que puedo decirle es que fueron cariñosísimos. Les estamos muy agradecidos.

Preguntamos luego a la Princesa acerca de sus fincas, y ella me respondió que ya habían visitado dos.

Estas fincas, una de 18.000 hectáreas y otra de 6.000, son una fuente de riqueza extraordinaria. En ellas hay centenares de caballos y vacas, 5.000 ovejas (hace poco les robaron 17.000, que ahora están reponiendo), y una enorme producción de maíz.

Dentro de unos días irán a visitar otras grandes propiedades suyas.

Considerando esta riqueza y la alta posición social de los viajeros, no puede uno menos de reflexionar, ante la llaneza y la cordialidad con que la Princesa se expresa al hablar, la razón de ser de las grandes simpatías que este noble matrimonio y su ilustre madre inspiran lo mismo en Europa que en América.

De *La Epoca*.

MARIO ARACENA